7480

GALERIA DRAMATICA

Y

CENTRO DE ADMINISTRACION,

COMPRENDIENDO

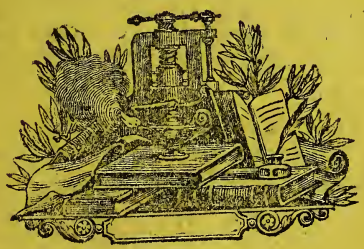
LAS MEJORES OBRAS

DEL TEATRO

ESPAÑOL Y ESTRANGERO.

DE

LOS PRINCIPALES AUTORES.



Madrid.

Editor propietario M. P. Delgado.

CALLE DE JESUS Y MARIA, n.° 4.

CATÁLOGO DE LAS OBRAS QUE SON PROPIEDAD DE ESTA GALERÍA,

publicadas hasta 1.° de Enero de 1876.

Abadía de Castro.—Abuelito —Abuelo.—Abuela.—A cazar me vuelvo.—Acertar errar
Accion de Villalar.—Adel el Zegrí.—Adolfo.—Afan de figurar.—A la una.—A la Zorra candila
Alberoni.—Alberto.—Alcalde Ronquillo.—Al César lo que es del César.—A lo hecho pecho.
fonso el Casto.—Alfredo de Lara.—Alfonso Munio.—Alonso Cano.—Amante prestado.—Am
de Teruel.—Ambicion.—Ambicioso.—Amigo en candelero.—Amigo mártir.—Amo criado.—
demadre.—Amor de hija.—Amor y deber.—Amor y nobleza.—Amor y amistad.—Amor veng
agravios.—Amoríos de 1790.—Angelo.—Ango.—Antony.—Antonio Perez.—Apoteosis de C
ron.—Aragon y Castilla.—Ardides de un cesante.—A rio revuelto —Arte de conspirar.—A
hacer fortuna.—Astrólogo de Valladolid.—Atrás.—Aviso á las coquetas.—A un cobarde
mayor.—Aurora de Colon.—Ayuda de cámara.—Anillo de la duquesa.—Arte por el empl
Amores á nieve.—Amar sin dejarse amar.—Antaño y ogaño.—Acuerdo municipal.—
dujar.

Bachiller Mendarias.—Baltasar Cozza —Bandera blanca.—Bandera negra.—Bárbara E
berg.—Barbero de Sevilla.—Bastardo.—Batelera de Pasages.—Batilde, ó América libre.—
luecas.—Blanca de Borbon.—Beltran el napolitano.—Bodas de doña Sancha.—Borrascas d
razon.—Bruja de Lanjaron.—Bruno el tejedor.

Caballero de industria.—Caballero leal.—Caballo del rey don Sancho.—Cada cual con s
zon.—Cada cosa en su tiempo.—Calentura.—Calígula.—Calumnia.—Campanero de S. Pal
Capas.—Capitan de Fragata.—Carcajada.—Carcelero.—Cárlos II el hechizado.—Cárlos V en
frin —Casada, vírgen y mártir.—Casamiento nulo.—Casamiento sin amor.—Casamiento á n
noche.—Cásate por interés.—Castigo de una madre.—Castillo de S. Alberto.—Casualidades.
talina de Médicis.—Catalina Howar.—Cazar en vedado.—Cecilia la cieguecita.—Celos.—Cel
fundados.—Cerdan, justicia de Aragon.—Chiton.—Cisterna de Albi.—Club revolucionario.
bradores del banco.—Coja y el encogido.—Colegialas de Saint-Cyr.—Colon y el judío errar
Cómicos del rey de Prusia.—Comodin.—Compositor y la estrangera.—Conde don Julian.—
juracion de Fiesco.—Conspirar por no reinar.—Con amor y sin dinero.—Contigo pan y cebo
Copa de marfil.—Corazon de un soldado.—Corsario.—Corte del Buen Retiro, 1.ª parte.—
del Buen Retiro, 2.ª parte.—Corte de Cárlos II.—Cortesanos de don Juan II.—Crisol de la lealt
Cristiano, ó las máscaras negras.—Cristóbal el leñador.—Cromwell.—Cruz de oro.—Cuan
acaba el amor.—Cuarentena.—Cuarto de hora.—Cuentas atrasadas.—Cuidado con las amig
Cuñada.—Cuna no dá nobleza.—Celos de un alma noble.—Caja de plata.—Corazon y el
ro.—Celos de Mateo, *zarzuela*.—Calderon.—Carta y guarda pelo.—Cenicienta.—Cerr
Ubeda.—Cortesanos de chaqueta.—Cuadros al fresco.—Clavo ardiendo.

Daniel el tambor.—Degollacion de los inocentes.—Del mal el menos.—Desban.—Desc
do.—Desengaño en un sueño.—Detrás de la cruz el diablo.—De un apuro otro mayor.—D
Cojuelo.—Dia mas feliz de la vida.—Diana de Chivri.—Dios mejora sus horas.—Dios los
ellos se juntan.—Diplomático.—Disfraz.—Disfraces.—Dómine consejero.—Don Alvaro d
na.—Don Alvaro ó la fuerza del sino.—Don Crisanto.—Don Fernando el de Antequera.—
Fernando el Emplazado.—Don Jaime el Conquistador.—Don Juan de Austria.—Don Jua
norio.—Don Juan de Marana.—Don Rodrigo Calderon.—Don Trifon, ó todo por el dinero.—
Juan Trapisonda.—Doña Blanca de Navarra.—Doña Gimena de Ordoñez.—Doña María de
na.—Doña Mencía.—Doña Urraca.—Dos amos para un criado.—Dos hijas casaderas.—Dos
tores —Dos coronas.—Dos validos.—Dos celosos.—Dos granaderos.—Dos padres para u
ja.—Dos solterones.—Dos vireyes.—Dos venganzas y un castigo.—Dos tribunos.—Dumo
compañía.—Duque de Braganza.—Duque de Alba —Duquesita.—Dote de María.—Dios c
sin palo.—Duende del meson, *zarzuela*.—De España á Francia.—D. Quijote.

E. H.—Eco del torrente.—Editor responsable.—Egilona.—Elisa, ó el precipicio.—El q
casa por todo pasa.—Elvira de Albornoz.—Ella es.—Ella es él.—Ellas y nosotros.—Emi
Empeños de una venganza.—Encubierto de Valencia.—Encantos de la voz.—Engañar
verdad.—Entremetido.—Entrada en el gran mundo.—Ernesto.—Errores del corazon.—Es
ra de mano.—Escuela de las casadas.—Escuela de las coquetas —Escuela de los periodist
Escuela de los viejos.—Espada de mi padre.—Espada de un caballero.—Españoles sobr
do.—Estaba de Dios.—Está loca.—Estrella de oro.—Errar la vocacion.—Es un bandido.—
pidez y ambicion.—Escomulgado —El diablo está en todas partes —En palacio y en la ca
Escenas del siglo de las luces.—Espulsion de los jesuitas.—Escuela de las amigas.—Espi
de un delito.—En todas partes hay de todo.—Entre dos mundos.—Encapuchado.—E
dirán y el qué se me da á mí.

Fabio el novicio.—Familia del boticario.—Familia de Falklan.—Familia improvisada.—
tico por las comedias.—Farsa, ó mentira y verdad —Felipe.—Felipe el Hermoso.—Fer
Mairena.—Fernan-Gonzalez, 1.ª parte.—Fernan-Gonzalez, 2.ª parte.—Finezas contra desv
Flaquezas ministeriales.—Flavio Recaredo.—Floresinda.—Fortuna contra fortuna.—Fray
de Leon.—Frenología y magnetismo.—Frontera de Saboya.—Funcion de boda sin boda.—F
verganza y osadía.

MUJER GAZMOÑA

Y

MARIDO INFIEL.

COMEDIA EN TRES ACTOS

ESCRITA EN FRANCES

POR

M. BAYARD,

Y ARREGLADA A LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON RAMON DE NAVARRETE.

Representada en el teatro del Príncipe el 21 de Noviembre de 1845.

Esta comedia ha sido aprobada para su representacion por la Junta de censura de los Teatros del Reino, en 4 de Junio de 1849.

M. P. D.

MADRID.

IMPRENTA DE DON CIPRIANO LOPEZ.

Cava-baja, n.° 19, bajo.

Junio 1857.

PERSONAS.	ACTORES.
DON FERNANDO DE AGUILAR.	*Don Julian Romea.*
DON CÉSAR DE VILLALOBOS. .	*Don Florencio Romea.*
DON EDUARDO DE ORENSE. .	*Don José Diez.*
DON MELITON, *ex-jesuita.* .	*Don Antonio de Guzman.*
ÚRSULA, *mujer de don Fernando.*	*Doña Matilde Diez.*
DOÑA ESCOLÁSTICA, *su madre.*	*Doña Gerónima Llorente.*
PAULINA, *hermana de don Fernando.*	*Doña Plácida Tablares.*
DOÑA LUISA, *viuda jóven.* .	*Doña Teodora Lamadrid.*
JUSTINA, *criada de esta.* .	*Doña Mariana Chafino.*
UN CRIADO.	

La escena es en Madrid.

Esta comedia pertenece á la Galería Dramática, que comprende los teatros moderno, antiguo español y estrangero, y es propiedad en el todo de su editor *Don Manuel Pedro Delgado*, quien perseguirá ante la ley, para que se le apliquen las penas que marca la misma, al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del Reino, ó en los Liceos y demás Sociedades sostenidas por suscricion de los Socios, con arreglo á la ley de 10 de Junio de 1847, y decreto Orgánico de teatros de 28 de Julio de 1852.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un salon amueblado á la antigua, y sin lujo: puerta en el fondo y laterales.

ESCENA PRIMERA.

DON MELITON. DON FERNANDO. DOÑA ESCOLÁSTICA Y ÚRSULA.

(*Al levantar el telon, las dos mujeres trabajan cerca de una mesa, sobre la cual escribe don Fernando: don Meliton sentado en una gran silla, tiene un papel en la mano y lee.*)

Meliton. (*Dictando.*) «Apelamos á la caridad de las almas sensibles; señoras piadosas que consagran su vida á la beneficencia, harán una cuestacion domiciliaria.»

Ursula. Sin duda, y esta tarde misma iremos juntas, mamá.

Escolastica. Silencio, niña; deja que el señor don Meliton continúe.

Meliton. (*Continuando.*) «Sin distincion de opiniones políticas. Hé aquí los nombres de estas personas, que se recomiendan así por su virtud, como por el celo de que han dado tantas pruebas: doña Escolástica Zorrilla...

Escolastica. Me coloca usted á la cabeza de la lista?

Ursula. Silencio, mamá, digo yo ahora.

Meliton. «Doña Ursula Zorrilla de Aguilar.»

Ursula. Con que no me ha olvidado usted?

Escolastica. Muy bien, muy bien... no porque yo dé importancia á esas preferencias que lisongean la vanidad humana, pues es sabido que no tengo ese defecto... Ya lo has oido, Fernando; colócame á la cabeza de la

672141

lista, y... (*Nota que Fernando se ha dormido, dejando caer la pluma.*) Dios me perdone! El muy poltron se ha dormido!

Ursula. Fernando? (*Llamándole.*)

Meliton. Señor de Aguilar!... (*Meneándole.*) Vamos, vamos...

Fernando. (*Despertando.*) Eeeh? (*Como recordando la última frase.*) «La antigua asociacion ha perdido sus recursos, pero...

Escolastica. Estamos adelantados! Hace una hora que te han dictado eso!

Fernando. De veras?

Ursula. Sí, sí; y eres un aturdido. (*Todos se levantan.*)

Fernando. No me riñas, querida mia.

Escolastica. Fernando, ha sido una falta de respeto al señor don Meliton, á este amigo tan verdadero, como digno de las mayores atenciones.

Meliton. Señora...

Escolastica. De toda nuestra gratitud.

Meliton. Señora...

Fernando. Señor don Meliton, sé muy bien lo que le debemos á usted; así perdóneme, porque esta mañana me constipé en San Martin, á donde fuí con mamá y Ursula...

Escolastica. Y qué, te pesa de ello?

Fernando. Quién dice tal? Al contrario: pero como la circular que yo escribia es un poco larga...

Ursula. Un poco larga?

Fernando. Es decir, por las observaciones que se le han añadido. En cuanto á lo demás, la encuentro muy edificante.

Meliton. Celebro que esa sea su opinion de usted. Vaya! Como que inspirado por el celo de estas señoras, he hecho una obra maestra! Es menester escitar la caridad pública en favor de nuestra piadosa asociacion. Si usted quiere mudar ó rectificar alguna cosa...

Escolastica. Nada de eso, nada de eso; me parece magnífica.

Fernando. Solo que es un poco larga para copiarla...

Ursula. Y tienes algo mejor en que ocuparte?

Escolastica. No eres empleado...

Ursula. Careces de otros deberes, de otras obligaciones...

Fernando. Es verdad.

Meliton. Amigo mio, usted es mucho mas feliz que yo, condenado á aceptar una mezquina asignacion de un gobierno que detesto.

Escolastica. Cuánto le compadezco á usted, señor don Meliton!

Ursula. Qué sacrificio!

Fernando. El de aceptar ese sueldo? Es heróico! Pero... yo estoy de prisa, porque ya saben ustedes que debo ir á nuestra casita de Carabanchel.

Ursula. No, hoy no.

Escolastica. Antes de las doce tienes que estar en la parroquia...

Fernando. Sí?

Meliton. Para esa junta de la cofradía; querido hijo, esperamos elevarle á usted muy pronto, hoy quizás, á una dignidad que le han conquistado las virtudes de su familia.

Fernando. De mi familia? Eso me lisongea infinito. (*Ap.*) Mejor quisiera irme al campo.

Ursula. Cómo me palpita el corazon de júbilo, de alegría! Con que serás colega de don Meliton?

Escolastica. Jesús! Me siento tan conmovida con esa honra!... Y dice usted que hoy?

Meliton. Así lo espero. Es un obsequio que quiero hacer á ustedes en cambio del regalo de boda que debia preparar por el casamiento de mi sobrino con su hermana de usted, Fernando.

Escolastica. Matrimonio que yo procuro acelerar cuanto es posible.

Ursula. Es un escelente muchacho su sobrino de usted. Está tan bien educado!

Meliton. Con arreglo á nuestros principios, que son los únicos buenos.

Escolastica. Pero yerno mio, escuchas todo esto con una flema! Cualquiera diria que no agradeces las bondades de nuestro respetable amigo.

Ursula. Que no te interesan sus pruebas de afecto...

Fernando. Al contrario! Mi gratitud es inmensa... (*Ap.*) Porque busca un candidato al dote de mi hermana.

ESCENA II.

DICHOS. PAULINA *y un* CRIADO.

Paulina. (*Corriendo.*) Fernando, Fernando... si supieras... (*Vé á los otros y se detiene.*) Ah!

Escolastica. Qué hay, niña? Es ese modo de entrar en una sala? No ves al señor don Meliton?

Paulina. (*Despues de hacerle una cortesía.*) Perdone usted, señora... Es que ha venido uno... uno que pregunta por mi hermano.

Fernando. Por mí?

Ursula. Por mi esposo?

Escolastica. Y has sido tú quien le ha recibido?

Paulina. No señora. Francisco traia la targeta que ese caballero le ha entregado...

Meliton. Es acaso algun jóven?

Paulina. Sí señor... un jóven... amigo de mi hermano. (*Ursula toma la targeta.*)

Escolastica. Pues qué, le conoces tú?

Paulina. Mucho, tia mia.

Ursula. (*Leyendo.*) César de Villalobos.

Fernando. Es posible! César!... (*Al criado.*) Házle entrar al momento.

Criado. (*A Ursula.*) Obedezco, señora?

Ursula. (*A doña Escolástica.*) Mamá?... (*Doña Escolástica mira á don Meliton.*)

Fernando. Es un amigo de la infancia... Ya sabes, Ursula, aquel chico tan alegre, tan amable, de quien te he hablado cien veces.

Ursula. Ah! Aquel mala cabeza?

Fernando. Hace dos años se fué á viajar... dos años que no le he visto... Qué felicidad! (*Al criado.*) Anda, imbécil.

Criado. Señora?

Escolastica. (*Despues de un gesto afirmativo de don Meliton.*) Que pase adelante.

Paulina. Qué contenta estoy! Voy á verle! voy...

Escolastica. A marcharte á tu cuarto, donde aguardarás á que yo te llame. (*Paulina quiere hablar; doña Escolástica añade severamente.*) Vamos, pronto. (*A*

Ursula.) Y tú, hija mia, á tu labor; es menester que una persona estraña no nos encuentre nunca ociosas.

Meliton. Lo esencial es que se forme buena opinion de uno. (*Las señoras se sientan y trabajan: don Meliton sentado junto á la mesa, parece ocuparse en la circular. Paulina se vá lentamente haciendo algunas señas de reconvencion á su hermano, que no la detiene.*)

ESCENA III.

DOÑA ESCOLÁSTICA. ÚRSULA. DON MELITON. FERNANDO *y* CÉSAR, *en traje de camino.*

(*Fernando sale á su encuentro y los dos se abrazan.*)

Cesar. Amigo mio!

Fernando. Querido César!

Cesar. Este es el primer momento de satisfaccion que he esperimentado hace mucho tiempo. (*Volviéndose hácia las damas.*) Ah! Señoras, perdonen ustedes... pero despues de una ausencia tan larga, el placer de encontrar á un antiguo compañero... (*Á Fernando.*) Es esta tu esposa?

Fernando. Sí, la jóven.

Cesar. Permítame usted, señora, que la presente mis respetos, y que á la vez dé la enhorabuena á Fernando. Nosotros los marinos somos conocidos por nuestra franqueza, y no disimulamos nunca la verdad. Amigo mio, tu mujer es lindísima.

Ursula. Caballero... (*Inclinándose.*)

Cesar. Es imposible tener mas gracia, mayores atractivos... (*Doña Escolástica trueca una mirada con don Meliton.*)

Fernando. (*Bajo y tirándole del frac.*) Hum! hum!

Cesar. A no ser ciego debe convenir cualquiera en que no es fácil hallar ojos mas espresivos, talle mas elegante...

Escolastica. (*Bajo á Ursula.*) No respondas.

Fernando. (*Bajo á César.*) No tienes sentido comun...

Cesar. Pero no veo á tu preciosa hermana Paulina.

Fernando. Mi hermana...

Escolastica. Está estudiando en su cuarto.

Cesar. Ah! (*A Fernando.*) Quién es esta vieja?

Fernando. Mi suegra. (*César saluda á doña Escolástica, que se inclina ligeramente.*)

Cesar. (*Por lo bajo á Fernando.*) Es una belleza antigua. Y ese vejete que no dice palabra, es tu suegro?

Fernando. (*Tosiendo para hacerle callar.*) Hum! hum! (*Alto.*) El señor don Meliton Alvarez, ex-jesuita, y amigo nuestro.

Ursula. Uno de nuestros mejores amigos, querrás decir. (*César saluda; don Meliton le contesta con gravedad.*)

Cesar. (*Bajo.*) Ah! Jesuita!... Cara tiene de eso!—(*En alta voz.*) Querido Fernando, á fuer de verdadero marino, no quiero gastar contigo ceremonia, como en otro tiempo, como cuando no teníamos mas que un domicilio para los dos, que no era tuyo ni mio, sino nuestro.

Escolastica. Fueron ustedes compañeros en la universidad?

Fernando. En el Seminario de Nobles.

Cesar. Ya conoces que hubiera creido hacer ofensa á nuestra amistad, si hubiese olvidado tu última carta, que recibí al pie de las Pirámides, y en la que dándome parte de tu matrimonio, me invitabas á no hospedarme sino en tu casa.

Fernando. (*Algo confuso.*) Es verdad... (*Doña Escolástica mira á don Meliton.*)

Cesar. Así, pues, acepto el cuarto que me ofrecias.

Fernando. Me alegro... Verás, es un gabinete muy bonito... y que tenemos desocupado en el dia... (*Deteniéndose y mirando á Ursula.*) Es decir... desocupado... está desocupado, querida?

Ursula. Lo presumo.

Cesar. Es que si tuviera que incomodarse alguno...

Ursula. Incomodarse, caballero?

Escolastica. (*Bajo á Ursula.*) No respondas.

Fernando. Al contrario, celebramos infinito... no es verdad, amiga mia?

Cesar. Mil gracias. Mas tarde haré traer mi equipaje, y algunas frioleras que rogaré á estas señoras admitan; no tienen mas que un mérito, el de venir de muy lejos.—(*A Fernando.*) En cuanto á tí, te traigo magníficos cigarros.

Fernando. (*Asustado.*) Para mí!... Si no fumo!

Cesar. (*Mirando á Ursula.*) Ya no fumas? Comprendo;

haces muy bien.—Pero una vez que me ofreces la hospitalidad y que yo la acepto, creo que puedo permitirme algunas indiscreciones... Dime, chico, has almorzado? (*Doña Escolástica y don Meliton vuelven á mirarse.*)

Fernando. No, todavía no.

Cesar. Pues me alegro mucho, porque yo me muero de hambre. Figúrate que el demonio del mayoral vino á dispertarme á media noche para advertirme que estaba dispuesto el desayuno... á las cuatro de la mañana! Era demasiado temprano! Ya imaginarás que le envié á pasear! (*Doña Escolástica y don Meliton prosiguen el mismo juego escénico; Fernando se esfuerza por reirse mirando á su mujer, que permanece impasible.*) De suerte que en este instante vendria muy á propósito el almuerzo. Iban ustedes quizás al comedor?

Fernando. (*Confuso.*) No... aun no es nuestra hora. Tenemos costumbre de no tomar nada antes de mediodia.

Cesar. Eso es muy tarde, y sobre todo muy malo para la salud. (*Mirando su reloj.*) Todavía falta una hora! Mira, amigo mio, yo no quiero trastornar tu método... nada de cumplidos, por Dios!... (*A media voz.*) Pero francamente, no puedo esperarme hasta entonces; y te agradeceria infinito que hicieras que me trajesen cualquier cosa.

Fernando. Cómo qué!... Al momento!

Cesar. Una friolera! Jamon dulce, longaniza, lo que haya.

Fernando. Ay! ay! ay! (*Ap.*)

Escolastica. (*Sonriéndose.*) Este caballero ignora sin duda que estamos en cuaresma...

Cesar. Es verdad, señora, lo habia olvidado: y usted come sin duda de vigilia? (*A Fernando.*) Y tú tambien? Ah! No es mas que eso? Poco importa! Libertad completa! Yo soy tolerante. Además me gusta mucho el pescado... sobre todo cuando no hay otra cosa. Con tal de que me dés una botella de buen vino... porque debes tenerlo escelente... Tú siempre has sido aficionadillo...

Ursula. El? Si no bebe mas que agua!

Fernando. Sí... por órden... del médico.

Cesar. Siendo así, ya es diferente: pero me dirás el nombre de tu doctor.

Fernando. Por qué?

Cesar. Para no llamarle si alguna vez enfermo.

Escolastica. (*Levantándose, así como Ursula.*) Puesto que no le es posible á usted aguardar, mi hija y yo vamos á dar órdenes para su desayuno.

Cesar. Ah! Señoras...

Escolástica. Fernando, espero que no olvidarás... esa circular.

Meliton. Bien veo que si yo no pongo mano en ella, no acabaremos nunca.

Fernando. De veras? Va usted á ayudarme? Qué bondad!

Escolástica. Sí, escesiva. (*A Fernando.*) Qué tono usa tu amigo! (*A Ursula.*) Sígueme, hija mia. (*Saludando á César.*) Con su licencia...

Ursula. (*A Fernando.*) Qué principios tiene ese caballero! (*Saluda á César que la corresponde, y se va con su madre. Don Meliton se sienta delante de la mesa.*)

Fernando. (*Ap.*) Parece que el pobre César no les ha petado!

ESCENA IV.

DON MELITON, *sentado.* FERNANDO. CÉSAR.

Cesar. Chico, tu mujer tiene un aire de bondad, de candor...

Fernando. (*Sin ver á don Meliton.*) Sí, no puedo quejarme de la suerte. No la conocias antes? Su padre fué tutor mio.

Cesar. Comprendo; ha sido un matrimonio por conveniencia.

Fernando. (*Riéndose.*) Sí, un corte de cuentas. Y cuánto debió sorprenderte mi boda!

Cesar. Ya lo creo! Quién diablos me hubiera dicho que tú, que eras tan calaverilla, tan ligero de cascos...

Fernando. (*Riéndose.*) Es verdad!

Cesar. Faltarias tan pronto á tus principios... Porque tú eras el peor de todos! Y qué guerra hacias á los pobres maridos.

Fernando. A muerte! Era muy divertido! (*Reparando en don Meliton que escribe prestando oido á lo que los otros hablan.*) Ah!

Cesar. Eh? qué es eso?

Fernando. (*Cambiando de tono.*) Nada, amigo mio, digo que exageras. Yo era un poco alegre, si tú quieres; pero siempre he tenido ideas... que... y además... mis principios... porque bien sabes que en cuanto á mis principios... (*Levantando la voz.*) Por otra parte, mi mujer me ha reconciliado con el matrimonio, pues es tan buena, tan...

Cesar. Y tan linda! tan modesta! Se pone colorada cuando se la dirige un cumplido.

Fernando. (*Riéndose.*) Toma! Como que estaba indignada! Vas hablarle de su gracia, de sus bellos ojos, de su talle elegante... y en presencia de su mamá! (*Se detiene á un movimiento de don Meliton.*) Diantre de hombre!

Cesar. A una mujer siempre le agrada que le digan que es bonita... cuando lo es, y hasta cuando no lo es. Acaso serán algo gazmoñas esas señoras?

Fernando. No, no... Hum... hum! No, al contrario! Sino que vosotros los militares, los marinos, profesais una admiracion tan viva... Y ya ves, una mujer como la mia... Comprende muy bien que en el mundo... En fin, no siento habértelo prevenido; es lo mas seguro.

Cesar. Pero no lo mas claro. Tranquilízate; conozco los respetos, las atenciones que se deben á las señoras; mas aquí entre nosotros... qué demonio! nada de reserva, nada de... (*A don Meliton que arregla los papeles.*) No es así, señor mio? A mí no me gustan los hipócritas.

Fernando (*Ap.*) Pues á buena parte va á parar!

Meliton. Perdóneme usted, no he oido...

Fernando. (*Ap.*) Sí, y no se le habrá escapado una palabra! (*Alto.*) Mi amigo me hablaba de mi esposa, de mi felicidad.

Meliton. (*Levantándose.*) No es usted casado?

Cesar. No señor, á Dios gracias.

Fernando. (*Tosiendo.*) Hum! hum!

Cesar. (*Sin reparar.*) Porque si lo estuviese, seria con la mujer mas coqueta, mas pérfida... aunque es tan preciosa! Ya sabes que á nosotros dos siempre nos han gustado las cosas buenas.

Fernando. A mí... no... (*Bajo.*) Cállate, maldito.
Cesar. Acaso no te gusten ya?
Fernando. (*Bajo.*) Sí, mas que nunca, pero cállate, cállate! (*Alto.*) Y qué dices de esa señora?
Cesar. Hace un año, un poco antes de tu casamiento...
Fernando. Con que habia hasta esa simpatía entre nosotros?
Cesar. Yo la queria con toda mi alma... era una de esas pasiones que parecen no haber llenado el corazon de esperanzas halagüeñas, sino para dejar en él en seguida mayor dósis de amargura y de dolor.
Meliton. Y se ha acabado eso, caballero?
Cesar. Sí, acabó con una estocada.
Fernando. De veras?
Meliton. Se batió usted?
Cesar. Y fuí herido... como un marido; cosa muy natural; porque yo era el engañado. Pero estaba loco, y lo estoy aun: el tiempo, la ausencia, el recuerdo de su perfidia, nada ha podido curarme de mi amor. Así vengo á Madrid para aturdirme, para consolarme, y cuento con que me ayudarás.
Fernando. Yo?

ESCENA V.

DICHOS. DOÑA ESCOLÁSTICA.

Escolastica. Dentro de un instante estará listo el desayuno.
Cesar. Cuántas bondades, señora!—Oyes, Fernando, si tú no almuerzas ahora, al menos me harás compañía, y hallaremos nuestra alegría antigua evocando recuerdos pasados.
Meliton. (*Ap.*) Si! buenos serán ellos!
Escolastica. Yerno mio, no olvides que hoy por la mañana tienes junta en la asociacion.
Cesar. La asociacion?
Fernando. Mas tarde iré, mamá.
Meliton. Es imposible! No debe usted hacer esperar.
Escolastica. No tienes tiempo que perder.
Fernando. Es verdad! amigo mio, siento dejarte...
Cesar. Anda, anda. Los negocios son lo primero. A tu

vuelta, si puedes concederme una horita, saldremos juntos. Estoy impaciente por ver á nuestros amigos, á nuestros compañeros de bromas, á menos que no los hallemos esta noche en el teatro.

Meliton. En el teatro!

Fernando. (*Ap.*) Misericordia!

Cesar. Está usted abonada en alguno, señora?

Escolastica. No señor, no voy nunca.

Cesar. Antiguamente Fernando y yo éramos fijos en la décima fila del coliseo del Príncipe. A mí siempre me ha gustado la música; pero él, el picaron, prefería el baile, las honestas actitudes de un padedú.

Fernando. (*Vivamente.*) Quieres callar?

ESCENA VI.

DICHOS. ÚRSULA.

Ursula. Fernando, Fernando! qué sorpresa tan agradable!

Fernando. Cómo! una sorpresa? yo!

Ursula. Sí, sí; este magnífico ramillete que acaban de traerme de tu parte.

Fernando. De mi parte? Un ramillete? Ya caigo! Ya... (*Ap.*) Torpes! Se han equivocado!

Escolastica. Y á qué santo vienen esas flores?

Cesar. Eres lo que se llama un marido galante, y te pido permiso para verificar otro dia una sorpresa igual. —Vá usted quizá de baile esta noche?

Escolastica. (*Escandalizada.*) De baile! No por cierto.

Cesar. Como Fernando era tan aficionado!

Fernando. Yo?... yo?... yo?... No recuerdo.

Cesar. A menos que no nos prepare usted alguna fiesta aquí mismo...

Fernando. Acaso no puedo regalar flores á mi mujer sin ningun motivo? Como sé que le gustan tanto, cuando ví esta mañana este ramillete, que me pareció muy lindo, dije: será para Ursula. (*Ap.*) Vamos, saldré del paso con comprar otro.

Ursula. Querido mio, aunque es demasiado bueno para mí, no por eso te lo estimo menos.

Cesar. Lo repito, es un preciosísimo ramillete de baile.
Escolastica. Otra vez!
Fernando. Hasta luego, chico; anda, entra á desayunarte, yo me marcho. (*Ap.*) Habrá imbéciles!
Cesar. Eh?...
Fernando. Adios, adios.
Cesar. Señoras... (*Ap.*) Yo no sé qué tiene ese muchacho. (*Vanse cada cual por su lado.*)

ESCENA VII.

DOÑA ESCOLÁSTICA. ÚRSULA. DON MELITON.

Meliton. Gracias á Dios que los veo separados.
Escolastica. Ciertamente, señor don Meliton. Ese jóven es para mi yerno un conocimiento...
Meliton. Detestable! qué costumbres!
Escolastica. Qué descaro!
Ursula. No habla mas que de bailes, de diversiones...
Meliton. Pues eso no es nada!
Ursula. Ay Dios mio! Pues qué mas hay?
Escolastica. En efecto, usted que se quedó con ellos habrá escuchado...
Meliton. No, he oido... sin querer... una conversacion, muy poco edificante. Recuerdos de sus juventudes, algo borrascosos... confianzas de un amor mal correspondido... un duelo... proyectos de disipacion... porque el tal nene viene aquí para consolarse de una pasion desgraciada, en medio de los placeres de que hará participe á nuestro Fernando.
Escolastica. Pues está bueno!
Ursula. Me hace usted temblar!
Escolastica. Vá á echar á perder á mi yerno!
Meliton. Y teniendo en casa á Paulina, seria un ejemplo fatal...
Escolastica. En vísperas de un matrimonio que nos ha costado tanto trabajo arreglar, gracias á ese Eduardo de quien ella parecia estar enamorada... Ah! la juventud! la juventud! qué frágil es!... que...
Meliton. Es la juventud en fin! Afortunadamente esa es una enfermedad de que nos vamos curando todos los dias.

Escolastica. Yo siempre he desconfiado de los jóvenes; así, cuando ví á ese don César colarse en nuestra casa, me temblaron las carnes.

Ursula. Y con qué aplomo que lo hizo!

Meliton. Ha sido una desgracia: no puedo decir á ustedes mas que esto, pero ha sido una desgracia!

Escolastica. Ay Ursula! mucha culpa has tenido tú en ello!

Ursula. Yo, mamá?

Escolastica. Sin duda. Cuando tu marido te preguntó si estaba desocupado el gabinete, quién te obligaba á responder que sí?

Ursula. Pero, señora, la verdad siempre...

Escolastica. La verdad solo debe decirse cuando nos es útil.

Meliton. Mi respetable amiga tiene razon; todo depende de las circunstancias. Nosotros los jesuitas establecíamos una grande diferencia entre decir lo que no es, y no decir lo que es... segun el objeto y las intenciones. Este está reputado por un principio de alta moralidad.

Escolastica. Y en semejante caso, si se tratára de arrancar á mi yerno de la sociedad de una persona...

Meliton. Cuyo ejemplo y pérfidos consejos pueden precipitarle en un abismo...

Ursula. Es posible, mamá?

Escolastica. El mal ejemplo es tan peligroso!

Meliton. Y el corazon humano tan débil! Ya lo ha oido usted: quieren volver á ver á esos compañeros de la universidad; á esos amigotes con quienes ha roto usted las perniciosas relaciones de su marido. Como él es muy dócil le arrastrarán, y...

Escolastica. Y entonces...

Ursula. Pobre Fernando! Eso no será así: no permitiré que un estraño, un desconocido, venga á trastornar sus escelentes hábitos. Díganme ustedes por Dios, qué podemos hacer para salvarle?

Meliton. Ya es algo tarde.

Escolastica. No hay mas que un remedio; y es rogar... políticamente... á ese caballero... que... pues, que...

Ursula. Que se vaya?

Meliton. Políticamente.

Ursula. Mas cómo hemos de hacerlo? Yo apenas le co-

nozco y no me atreveré jamás. Si usted quisiese encargarse, mamá...

Escolastica. Imposible, hija. Pareceria que yo te dicto la línea de conducta que debes seguir.

Meliton. Es verdad.

Ursula. Entonces este será un nuevo favor que le deberemos, señor don Meliton.

Meliton. Ursulita, los jóvenes del dia están mal educados! Este sobre todo tiene un aire de taco! Seria muy capaz de faltarme al respeto. Por otra parte, yo no estoy en mi casa. Para hacer bien las cosas, era menester que su esposo de usted nos librase de su amigo... de colegio.

Escolastica. Y para estar mas seguros de que no le verá, para alejarle de Madrid y del peligro, le enviaremos, segun costumbre, á pasar algunos dias en el campo.

Ursula. Con demasiada frecuencia vá, señora.

Escolastica. Es indispensable; nuestros asuntos lo exigen. Y entre tanto manifestaremos á ese importuno una frialdad que le haga mas circunspecto, y no le deje ganas de permanecer en una casa, cuyos principios armonizan muy mal con los suyos. Cuando vuelva usted á las dos, señor don Meliton, espero que ya estará despedido.

Ursula. Lo creo difícil.

Meliton. Justamente aquí viene.

ESCENA VIII.

DICHOS. CÉSAR.

Cesar. (*Sin verlos.*) Ahora ya puedo esperar. (*Reparando en ellos.*) Ah! señora, siento infinito la molestia que he podido causarle, pero...

Escolastica. Perdóneme usted, señor mio: tengo que dar algunas órdenes, y con su permiso voy... (*Saluda y vase.*)

Cesar. (*A Ursula.*) Celebro mucho, Ursulita, poder manifestarle á usted mi gratitud por la acogida...

Ursula. Dispénseme usted, caballero; estoy muy ocupada, y mi marido... En fin... Servidora suya. (*Vase.*)

Cesar. Vaya una cosa estraña! Señor... señor don Meliton,

podrá usted decirme si he sido yo quien ha puesto en fuga á esas señoras?

Meliton. (*Sacando su reló.*) Perdóneme usted, amigo: estoy muy de prisa. Servidor. (*Vase.*)

Cesar. Hola, hola! Parece que todo el mundo se burla aquí de mí. Fernando mismo me impone silencio; la suegra con esa cara de despedir huéspedes; su mujer con ese airecito de gazmoña; el jesuita con su gesto hipócrita... hasta el criado que me servia á la mesa, tenia trazas de reirse en mis barbas de mi sorpresa, al contemplar aquel desayuno mas que frugal. Pues señor, decididamente, mi presencia no es agradable á ninguno.

ESCENA IX.

CÉSAR. PAULINA.

Paulina. (*Saliendo misteriosamente.*) Dios mio! Le han dejado solo!

Cesar. Caramba! Qué chica tan preciosa! (*Acercándose á ella.*) Perdóneme usted, señorita, no habia tenido el honor...

Paulina. Cómo! No me reconoce usted, César?

Cesar. Paulina!... Hija mia! Es usted?

Paulina. Gracias á Dios! Yo no he dudado un instante en conocerle á usted.

Cesar. Eso es diferente, porque yo no he cambiado, y...

Paulina. Acaso me encuentra usted muy mudada? (*Ap.*) Sí, infinito, desde que no veo á Eduardo! (*Alto.*) Este es siempre el efecto de los disgustos!

Cesar. Al contrario; cuando nos vimos por última vez, era usted una chiquilla que prometia valer algo; pero ahora es una jóven bellísima, tan bella, que...

Paulina. Es favor.

Cesar. No, lo juro; es usted encantadora.

Paulina. De veras? Pues es milagro, porque estoy tan triste, que deberia parecer muy fea.

Cesar. Eso es imposible. Pero vamos, por qué es esa tristeza? por qué son esos disgustos?

Paulina. Silencio! Si nos oyesen! Por otra parte, yo no le buscaba á usted; doña Escolástica ha sido quien...

Cesar. Por qué ha de temblar usted á mi lado? No soy

como antes de mi partida su verdadero amigo, su hermano? Porque usted me llamaba su hermano!

Paulina. Es verdad! Entonces tenia dos... dos que me amaban... y ahora no tengo mas que uno... y ese es usted!

Cesar. Cómo?

Paulina. Sí, usted! Y si supiera... cuando leí su nombre en la tarjeta que me entregaron, me puse tan contenta, diciéndome á mí misma: «Hé aquí un amigo, un salvador que el cielo quizás me envia!»—Mas doña Escolástica me mandó severamente que me retirase á mi cuarto, y yo creí que no nos veríamos. Y sola en mi ventana, aguardando á que usted saliese, comencé á llorar como una niña.

Cesar. Ah! querida Paulina! Qué misterio es este que desde mi llegada no puedo comprender? Qué ocurre en la casa?

Paulina. Lo peor es que no ocurre nada; todos los dias se siguen unos á otros y se parecen; nunca placeres, siempre sermones, reprimendas... Así es que me fastidio y me consumo como no puede usted imaginar.

Cesar. Entiendo; doña Escolástica será beata.

Paulina. Oh! Con estremo!

Cesar. Mas su cuñada, que es jóven tambien como usted, que parece amable como usted...

Paulina. Si mi hermano quisiera no digo que no, porque un marido puede exigir que su mujer sea amable. Pero á él le es completamente igual... Con tal de que juegue su tresillo con don Meliton... porque juegan todas las noches, y á veces por el dia... los jueves por ejemplo... hoy es y ya lo verá usted... con tal de que acompañe á doña Escolástica á la iglesia; de que oiga leer á Ursula alguna obra insípida, mientras yo hago todos los esfuerzos imaginables para no dormirme sobre mi bordado, ni se le exige mas, ni él tampoco pide otra cosa.

Cesar. Es posible? Pero yo le hablaré. Antiguamente, con nosotros, con sus amigos, no tenia mucho carácter, eludia las discusiones, esquivaba las dificultades, y antes que sostener una opinion, abandonaba el puesto.

Paulina. Pues es lo que aun hace. Le envian al campo...

Cesar. En penitencia?

Paulina. Y yo me quedo aquí.

Cesar. Esto no puede durar mucho tiempo; usted se casará...

Paulina. No, lo peor de todo es que no me casaré.

Cesar. Cómo! Acaso la querian obligar á usted?...

Paulina. Quieren obligarme á que me case con el sobrino de don Meliton, que es un taumaturgo como su tio, feo, sucio... en fin, como su tio. Mas para casarnos es menester que yo diga sí, y eso no lo diré nunca. No, no, y mil veces no!

Cesar. Por supuesto que Fernando no aprobará...

Paulina. El lo aprueba todo, y cuando ha consentido en que echen de la casa al pobre Eduardo que me queria tanto...

Cesar. Quién es ese Eduardo?

Paulina. Un jóven muy amable, muy fino, muy... En fin, el caso es que él tenia siempre cosas agradables que decirle á una, y solo con verle olvidaba yo lo demás.

Cesar. Vaya! Segun eso le amaba usted?

Paulina. Chit! (*Bajando la voz.*) Yo no sé! Pero era muy feliz!—Un dia me hicieron retirar á mi cuarto, porque Eduardo deseaba hablar á doña Escolástica y á mi hermano.

Cesar. De usted?

Paulina. Yo creo que sí, porque cuando volví otra vez, se habia marchado ya; y no le he visto mas. Cuando quiero hablar de él, me mandan que me calle; bien conozco que le han prohibido la entrada en la casa, y que se morirá de pena como yo, si es que ya no ha sucedido.

Cesar. Morirse! Quién piensa en tal cosa? Al contrario; conspiremos juntos para que vuelva ese señor don Eduardo, y para obligar á Fernando á que haga la felicidad de usted.

Paulina. No pido otra cosa! (*Asustada.*) Ah!

ESCENA X.

DICHOS. FERNANDO.

Fernando. Por fin estoy aquí de nuevo.
Cesar. Sosiéguese usted, niña.
Paulina. Creí que era alguno, pero...
Fernando. No, soy yo. Gracias al cielo que puedo verte; por eso he despachado pronto en la asociacion...
Cesar. La asociacion! Te ocupas mucho de empresas?
Fernando. Sí, un poco.
Paulina. Como que quieren nombrarle mayordomo de cofradía.
Cesar. Ah! Con que es una congregacion? ah! ah! ah! Y te van á nombrar mayordomo?
Fernando. Aun no lo soy.
Cesar. Mayordomo! Diantre! Sabes que te vas haciendo ambicioso?
Fernando. Eso te admira?
Cesar. No, ya no me admira nada, y ahora comprendo lo que tu hermana me decia poco há.
Fernando. Qué? Qué te decia esta charlatana? (*Levantando la voz.*) Además, yo no tengo la culpa de sus bachillerías, y desapruebo...
Cesar. No te incomodes en gritar, nadie te escucha. En cuanto á mí, te declaro...
Fernando. Yo te declaro que deseo vivir tranquilo, y que soy feliz.
Paulina. Pues te doy la enhorabuena.
Fernando. Silencio!
Paulina. (*A Cesar.*) Vea usted si es malo.
Fernando. Pero de qué te puedes quejar?
Paulina. De todo.
Fernando. Acaso no la quiero yo? Mi mujer no la mira como á una hermana? No se ocupa mi suegra de su bienestar como si fuese el de su propia hija?
Cesar. Y precisamente eso es lo que no nos conviene; por ejemplo, no queremos que doña Escolástica nos elija un marido, que sabremos elegir nosotros mismos; no es verdad? (*A Paulina.*)
Paulina. Siga usted, siga usted!

Cesar. Qué tal! El sobrinito de don Meliton, á quien ella no puede ver!

Fernando. Pues entonces que se esplique.

Paulina. Pero si no quieren oirme.

Cesar. En ese caso no es su hermano quien debe defenderla? Y puesto que el señor don Eduardo nos ama... nos ama, no es así?

Paulina. Oh! mucho!

Cesar. Puesto tambien que nosotros le amamos, porque creo que le amamos...

Paulina. Ciertamente...

Cesar. No veo por qué no nos hemos de casar.

Paulina. Es claro.

Fernando. Sin duda que Eduardo es un escelente chico; al menos yo lo creo así, y no me opondria á este matrimonio si estuviese en mi mano.

Cesar. Con que no lo está?

Paulina. Ve usted qué hombre?

Cesar. Entonces...

Fernando. Entonces, entonces... pero en fin, qué quieres que haga?

Cesar. Quiero que te espliques positivamente; que declares á tu suegra, á tu mujer, que Paulina no ama al sobrino de don Meliton.

Paulina. Que le detesto.

Cesar. Que preferia á don Eduardo para esposo.

Paulina. Ya lo creo. Mas verá usted como no se atreve.

Fernando. Quieres callarte? En primer lugar no tengo miedo; y ya que deseas que hable... en favor de esta tontuela... que bien podria hablar ella misma... no importa, hablaré... Ay! Silencio! creo que viene mi suegra.

Paulina. Pues yo me marcho. (*Vase.*)

Cesar. No, es tu mujer, y te dejo con ella. Háblala, y mientras, voy hacer que traigan aquí mi equipage, para instalarme en la habitacion que me destinas. Con que, por vida del demonio, sé hombre una vez siquiera; acuérdate de que tienes los calzones, y nada, nada sin vacilar... Me entiendes? (*Ursula sale ahora: César la saluda y se retira.*)

ESCENA XI.

FERNANDO. URSULA.

Fernando. (*Ap.*) A decir verdad, tienen razon; ya que mi hermana no ama al sobrino de don Meliton, no se casará con él.
Ursula. (*Ap.*) Puesto que mamá asegura que la presencia de don César es peligrosa para mi marido, le desalojaremos de aquí.
Fernando. Querida Ursula...
Ursula. Amigo mio...
Fernando. Me alegro mucho de encontrarte, porque tengo que hablar de un negocio de importancia.
Ursula. Pues yo tambien de otro; y temia incomodarte.
Fernando. Exactamente como yo... pero cuando se trata de la felicidad...
Ursula. Tienes razon.
Fernando. Y luego nosotros dos nos entendemos siempre tan bien...
Ursula. Tú eres tan razonable!
Fernando. (*Ap.*) Creo que puedo hablar.
Ursula. (*Ap.*) El momento es á propósito.
Fernando. Mi querida Ursula.
Ursula. (*Interrumpiéndole.*) Fernando: no has reflexionado nunca acerca de la importancia de congeniar con alguno, cuando se ha de vivir con él?
Fernando. (*Ap.*) Toma! pues ella misma me sale al encuentro! (*Alto.*) Ciertamente, ciertamente.
Ursula. Y hay personas...
Fernando. Muy respetables por otra parte...
Ursula. Pero cuyas costumbres...
Fernando. Y cuyo carácter...
Ursula. No es posible que simpaticen con las nuestras.
Fernando. Yo no sé por qué, mas no se las puede soportar.
Ursula. De veras?
Fernando. Sin duda todo el mundo esperimenta eso, y precisamente es de lo que hablábamos aquí poco há con César.
Ursula. Cómo?
Fernando. Con mi amigo César.

Ursula. Ah! te decia...
Fernando. Lo propio que tú acabas de decir, porque ese chico es tan despejado, tan...
Ursula. Con que así, comprende él mismo?...
Fernando. Perfectamente.
Ursula. Me alegro infinito, porque recelaba que te fuese desagradable manifestarle que su sociedad no puede convenirnos.
Fernando. Eh?
Ursula. Pero ya te lo decia él mismo...
Fernando. Quién? César? No por cierto, me hablaba del sobrino de don Meliton, á quien mi hermana no ama, y con el cual no quiere casarse.
Ursula. Ah! esa no es cosa mia, ni tuya tampoco.
Fernando. Sin embargo...
Ursula. Eso le corresponde á mi madre.
Fernando. Ah!
Ursula. En cuanto al señor don César, espero que le harás entender...
Fernando. Permíteme...
Ursula. Si me amas me complacerás.
Fernando. Sí que te amo, Ursulita, pero hay otros medios de probártelo.
Ursula. Fernando!
Fernando. Déjame esa preciosa mano.
Ursula. (*Retirándola.*) Hoy mismo le dirás...
Fernando. Es imposible! A un compañero, á un amigo! Estamos acostumbrados hace tanto tiempo á vivir juntos, como dos hermanos... y él por su parte jamás me ha negado nada.
Ursula. Pues bien, así no te negará lo que le vas á pedir.
Fernando. El qué?
Ursula. Que tenga la bondad de hospedarse en otro lado, en una fonda... allí al menos estará seguro de no incomodar á nadie.
Fernando. Pero...
Ursula. Es un mala cabeza, que no puede menos de echarte á perder.
Fernando. En cuanto á eso...
Ursula. Qué dices?
Fernando. Digo que te equivocas... y si no tienes mejores razones...

Ursula. Tampoco es conveniente que un jóven tan ligero de cascos, viva en la misma casa que yo.
Fernando. Esa es una exageracion.
Ursula. Sobre todo cuando vas á ausentarte.
Fernando. Eh?
Ursula. Cuando vas á marcharte al campo.
Fernando. Ah!
Ursula. Mi madre lo ha decidido.
Fernando. (*Con alegría.*) De veras? lo ha decidido? Entonces es muy diferente. Con que me voy al campo?
Ursula. Cualquiera diria que te alegras.
Fernando. Yo? no tal... me resigno.
Ursula. Entonces partirás hoy, esta tarde.
Fernando. Tanto mejor.
Ursula. Cómo tanto mejor?
Fernando. Sí... porque ya ves, mi amigo César comprenderá mas fácilmente. Ah! Si no me hubiera marchado hasta mañana, no sería lo mismo. (*Ap.*) Yo lo creo!

ESCENA XII.

DICHOS. DOÑA ESCOLÁSTICA. PAULINA.

Escolástica. Sí, niña, disponlo todo para el tresillo.
Paulina. Al momento, señora. (*Bajo á Fernando.*) Has hablado? Has conseguido alguna cosa?
Fernando. Me voy al campo.
Ursula. Venga usted, mamá, venga usted. Mi marido se hace cargo de la razon, y conoce que no es conveniente establecer relaciones demasiado íntimas entre nosotros y ese antiguo amigo.
Paulina. (*Ap.*) Dios mio!
Escolastica. Ahora que se le ha detenido aquí, es un poco tarde para pensar en despedirle.
Fernando. Eso es lo que yo decia; ya es tarde.
Escolastica. Nunca es demasiado tarde para cumplir un deber.
Fernando. Ciertamente... nunca es demasiado tarde...
Escolastica. Y tú tienes bastante talento, yerno mio...
Fernando. Mil gracias!
Escolastica. Sobrado tacto...
Fernando. Mil gracias!

Escolastica. Y comprendes muy bien lo que exige la decencia...

Fernando. Repito...

Escolastica. Para no haber conocido desde luego, que un jóven sin principios... bien sé que es tu amigo, y por eso le guardo consideraciones...

Fernando. Es usted tan buena!

Escolastica. Que un hombre sin principios no debia permanecer en la sociedad íntima de tres mujeres de una virtud severa.

Paulina. Pero al contrario, si César es tan juicioso, tan...

Escolastica. Niña, prepara la mesa.—Así, le harás entender que no puede quedarse aquí.

Ursula. Ya está convenido.

Fernando. Mas...

Ursula. Se busca un pretesto cualquiera.

Paulina. Mi hermano no miente nunca.

Escolastica. Paulina!

Fernando. Pobre César! Nunca tendré valor para decírselo, para despedirle yo mismo.

Escolastica. Yerno!

Paulina. (*Bajo.*) Muy bien!

Ursula. Fernando!... Yo no puedo encargarme de eso.

Fernando. Ni yo.

Escolastica. Pues bien, ya que lo quereis, yo me encargaré.

Fernando. Usted? Enhorabuena. No tengo nada que decir; eso lo arregla todo.

Paulina. Aquí viene. (*Bajo á Fernando.*) Es una infamia!... A un amigo como él...

Fernando. (*Bajo.*) Qué quieres? Yo hago lo que puedo.

ESCENA XIII.

DICHOS. CÉSAR.

Cesar. (*Dentro.*) Por aquí... esperaos un poco. (*Saliendo.*) Perdonen ustedes... traigo mi pequeño equipaje. (*Bajo á Paulina.*) Han vuelto á llamar á don Eduardo? (*Alto.*) Chico, quieres indicarme mi habitacion?

Fernando. Tu habitacion? Sí, sí... aunque... es el ca-

so... que yo estoy ocupado aquí... con mi hermana, en preparar la mesa para el tresillo.

Cesar. Pues no te incomodes, querido. (*A Ursula.*) Pero rogaré á esta señora que dé órden...

Ursula. Caballero...

Escolastica. No, yo seré quien...

Cesar. Cómo! Quiere usted tomarse esta incomodidad? No lo permitiré.

Fernando. (*Ap.*) Pobre muchacho!

Paulina. (*Enjugándose los ojos.*) Pobre Eduardo mio!

Escolastica. Mi yerno siente mucho que una pequeña dificultad, que ignoraba, se oponga al deseo muy natural, que nosotras tambien participábamos, de ofrecerle á usted una habitacion digna de él.

Cesar. Nada de cumplidos... un cuartito cualquiera...

Escolastica. No hay mas que uno, porque ya sabe usted que en Madrid las casas son como puños.

Cesar. Pero si no necesito mas! El placer de estar junto á ustedes, cerca de mi querido Fernandillo...

Escolastica. Pues vea usted lo que tiene muy afligido á mi yerno; esa habitacion que creia libre...

Ursula. Que creíamos libre...

Cesar. No lo está?

Escolastica. No es verdad, Fernando?

Fernando. Cómo, mamá? Ah! Sí... querido César... yo creia... y parece... (*Vuelve á la mesa y hace que arregla algo.*)

Paulina. (*Ap.*) Cuál mienten todos!

Cesar. Entonces no sé qué hacer.

Escolastica. Qué hacer? (*Ap.*) Este hombre no comprende nada.

Cesar. Si no pueden ustedes ofrecerme mas que un cuarto...

Ursula. Que no está libre...

Cesar. No tengo otro remedio que volverme á la fonda.

Escolastica. Eso es lo que yo pensaba... con el mas vivo sentimiento.

Cesar. Señora, es usted muy amable. (*Ap.*) Yo queria que volviese el otro... el amante, y á mí es á quien ponen en la calle! (*Alto.*) No veo otro partido; y si esa es la opinion del amo de la casa... de mi amigo Fernando... porque él es aquí el amo de la casa...

Escolastica. Sin duda; yo no me mezclo en los asuntos de mis hijos, y menos de mi yerno. Aquí no hay sino una voluntad y esa es la suya; así su voluntad es la que he espresado á usted. No es verdad, Fernando?

Fernando. Sí, sí, mamá. Además, amigo mio, ya nos veremos... tú vendrás á menudo...

Ursula. Cuando vuelva mi marido.

Escolastica. Que se ausenta de Madrid... hoy mismo... dentro de un cuarto de hora; y en su ausencia...

Cesar. Estas señoras no reciben á nadie?

Escolastica. Ya conoce usted...

Cesar. Perfectamente...

Ursula. Ah! El señor don Meliton!

ESCENA XIV.

DICHOS. DON MELITON.

Meliton. (*Sale apresurado.*) Amigos mios, queridos amigos mios, os traigo una buena noticia. Pero he corrido tanto que estoy sofocado.

Escolastica. Yerno, una silla; hija, un vaso de agua y vino... (*Ursula corre á la izquierda.*) y un esponjado. Paulina, corre tú á buscarlo. (*Paulina vá á la mesa, Fernando acerca una silla en la cual hace sentar doña Escolástica á don Meliton.*) Escelente amigo! Es capaz de coger un constipado por nosotros!

Cesar. (*Ap.*) Pobrecito!

Meliton. (*Bebiendo el agua con el azúcar.*) Gracias... no es nada... ya estoy mejor. Era la alegría, la satistisfaccion! Querido Fernando, regocíjese usted, hemos triunfado.

Escolastica. De veras? Ay Dios mio!

Ursula. Qué felicidad!

Cesar. (*Ap.*) Qué será?

Meliton. Ya es usted mayordomo de la cofradía!

Escolastica. } Mayordomo!
Ursula. }

Fernando. Me alegro mucho.

Escolastica. Yerno, abrázame! (*Abrazándole.*) Mayordomo!

Meliton. Amigo mio, permítame usted! (*Abrazándole.*) Mayordomo!

Ursula. (*Abrazándole.*) Querido mio!

Paulina. (*Esquivándose.*) En cuanto á mí, me es igual!

Cesar. Querido amigo, señoras, celebro de corazon la gran felicidad que el cielo les envia á ustedes, y me retiro... profundamente conmovido de semejante triunfo, y al ver la manera con que recompensa la amistad... de don Meliton. (*Saluda y ellas le corresponden.*)

Paulina. (*A César.*) Si usted se marcha, quién me protejerá?

Escolastica. Ahora nosotros á nuestro tresillo, yerno. (*Se sientan á la mesa.*)

Fernando. Hasta la vista, chico. (*Bajo.*) Esta tarde de tres á cuatro en la Puerta del Sol, esquina á la calle de la Montera. (*Movimiento de César.*) Chit!

Escolastica. Fernando!

Fernando. Aquí estoy, aquí estoy, amable mamá! (*Se sienta con doña Escolástica y don Meliton; César se detiene para dirigir una última mirada á aquel cuadro.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Un salon adornado con lujo, y dispuesto para un baile; puerta en el fondo y laterales.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA LUISA. JUSTINA.

(*Al alzar el telon, Justina está poniendo flores en jarrones.*)

Justina. Pues señor, perfectamente; el baile será magnífico si hemos de juzgar por las flores que le preceden. Hay tantos que tratan de agradar á la señora! Y no es estraño, viuda, amable, rica y juiciosa!...

Luisa. (*Sale por la izquierda.*) Justina, qué es eso? Pareces una jardinera.

Justina. Toma! Estoy colocando todos los ramilletes que han enviado hoy para usted... Como son sus dias!...—Pero voy á ponerlos por su órden en la jardinera del salon, para que cada uno pueda reconocer el suyo esta noche. Eso no prueba nada, pero siempre lisonjea.

Luisa. Y es un medio de contentar á todos á poca costa. Así respondo tambien á los fastidiosos billetes que he tenido que leer.

Justina. Soy de la opinion de usted. Nunca me han gustado las cartas... por razones particulares.

Luisa. (*Ap.*) Y nada de él, nada! (*Alto.*) Dime, Justina, has enviado esta mañana á la fonda de San Luis?...

Justina. Si señora, pero el señor don Fernando...

Luisa. Le entregaron mi billete?

Justina. No estaba en casa... como de costumbre. Parece que se ausenta frecuentemente, porque pasa muchas temporadas en el campo, y segun le decia á usted ayer don Eduardo, su amigo, no tiene mas que un cuartito muy pequeño en la fonda.

Luisa. Sin embargo, estoy segura de que se halla en Madrid, y es estraño que él, tan amable, tan consecuente, no haya venido aun por aquí.

Justina. Porque no es como otros, insoportables por su exactitud: se hace desear... esto es mas hábil; pero ya vendrá, señora. La fiesta estaria triste sin él; pues él lo anima todo con su alegría, con su buen humor.

Luisa. Es verdad que podria ser mejor mozo, y tener mas gracia y mas elegancia; pero no mayor franqueza ni cordialidad. (*Ap.*) Dios mio! Me habrá engañado!

Justina. Y además, quién daria las órdenes para la cena? Porque él lo dirige todo con un afan! Cualquiera diria...

Luisa. Qué?

Justina. Quiero decir que nosotros le obedecemos... por complacer á usted y nada mas. Por otra parte, usted es viuda y libre, y si le conviniese hacer un buen casamiento, yo seria la primera en felicitarla.

Luisa. Te doy las gracias.

Justina. Vaya! Un matrimonio es el medio de hacer á un hombre feliz! Y es tan dulce hacer felices á los hombres!

Luisa. Sí, para que se vuelvan celosos, cosa que detesto. (*Ap.*) Quizás tiene razon esta loca; y además, no me vengaria así de un ingrato?

ESCENA II.

DICHAS, FERNANDO.

Fernando. (*Desde dentro.*) No es eso... te digo que no es eso.

Justina. Aquí está ya.

Fernando. (*Apareciendo en la puerta del foro.*) Es menester destapar la botella para que el Champagne se hiele.

Luisa. (*Riéndose.*) Ah! ah! ah!

Fernando. (*Riéndose tambien.*) Ah! ah! ah! Señora, no sabia que estaba tan cerca de usted, y daba consejos á ese imbécil de José para helar el vino de Champagne; porque usted no sabe toda la importancia...

Luisa. Y eso es lo que le ocupa á usted tanto?

Fernando. Pero no me impide reparar en que está usted mas linda aun que de costumbre. No he olvidado que me ha prometido usted dar la preferencia á mi ramillete el dia de su santo... (*Le presenta el ramillete que trae en la mano.*) Llega un poco tarde, es verdad: pero consiste en que se ha estraviado en el camino.

Luisa. Agradezco mucho que usted mismo me lo traiga. (*Entrega el ramillete á Justina.*)

Fernando. Mira, querida, no confundas mi ramillete con los demás. Ah! Otra promesa! Me debe usted el primer rigodon, el primer wals... Oh! estoy de humor esta tarde! Hacia tanto tiempo que me fastidiaba... lejos de usted! Así, quiero que el baile sea tan brillante, que se mueran de envidia todas las que no se atrevan á imitar á usted.

Luisa. Tampoco yo he estado nunca tan alegre; jamás he sido mas feliz!

Justina. Ay, señora! Ahora recuerdo que la vecina del cuarto segundo ha enviado esta mañana...

Luisa. (*Riéndose.*) A saber de mi salud?

Justina. No, á suplicar á usted que no se baile hasta el amanecer, porque no puede dormir.

Fernando. De veras? Pues hay mas que convidarla á la funcion?

Justina. Dios nos libre!

Fernando. Sin duda, si no puede dormir, bailará.

Luisa. Si es una vieja de setenta años, y por añadidura devota!

Fernando. Devota! En ese caso no hablemos mas; creo que aquí lo pasaríamos mal con ella. Anda, Justina, y si no se ha marchado Jorge, dile que corre prisa mi encargo.

Justina. Voy, voy al instante.

ESCENA III.

FERNANDO. DOÑA LUISA.

Luisa. Qué encargo?

Fernando. Habia dado cita á un amigo, á un amigo íntimo, en la Puerta del Sol, y no estaba cuando yo pasé por allí. En mi impaciencia por verla á usted, la verdad, no quise esperarle; mas luego me permitirá usted que se le presente.

Luisa. Será muy bien recibido.

Fernando. Tanta bondad!—Es un hombre de talento, muy amable, aunque un poco sentimental; pero estoy pensando en que cometo una torpeza.

Luisa. Cómo?

Fernando. Porque me busco un nuevo rival...

Luisa. Acaso es posible cuando se tienen celos estar tanto tiempo sin ver á la persona á quien se ama? Usted se hace desear...

Fernando. Me hallo tan ocupado!

Luisa. Indudablemente, porque he enviado diferentes veces á la fonda de San Luis, y nunca se le encuentra allí cuando preguntan por usted.

Fernando. Es que no preguntan nunca cuando yo estoy.

Luisa. Irá usted mañana á casa de la baronesa del Valle?

Fernando. Dá un baile? Pues de seguro que no faltaré.

Luisa. Gracias á Dios! Porque si salgo, si voy á esos sitios donde es costumbre encontrar á las personas conocidas, el Prado, el Circo, no le veo á usted jamás en ninguna parte.

Fernando. Eso es lo que yo me digo; es muy singular que no nos encontremos nunca!

Luisa. Sí tal, el otro dia, en San Luis...

Fernando. En San?... Pues no era yo.

Luisa. Sí, le conocí á usted perfectamente.

Fernando. En San Luis? Qué dia? Yo no me acuerdo.

Luisa. En aquel sermon... para una obra de caridad... por la cual me intereso.

Fernando. Cómo, señora! Con que usted tambien va?...

Luisa. Seguramente, y me alegré de ver á usted entre la multitud, aunque no hubiera ido por causa mia.

Fernando. No, soy franco; pasaba por casualidad, y...

Luisa. No por cierto, salió usted entre un grupo de fieles, dando el brazo...

Fernando. Pues se equivocó usted; no hay mas, se equivocó usted!

Luisa. Daba usted el brazo á una señora ya vieja...

Fernando. Ah! Sí, una vieja... es posible... y ahora recuerdo... que pasaba, como dije antes, y me atraparon. Ah! ah! ah! Con que me vió usted? Debia yo tener una cara...

Luisa. Muy contrita.

Fernando. Eso es lo que yo queria decir.

Luisa. Repito que tuve una satisfaccion. Sí, Fernando, usted que es siempre tan alegre, tan aturdido, merece desde aquel dia mucho mas mi confianza; y tambien desde aquel dia estoy mas dispuesta á creerle á usted, cuando me habla de su amor.

Fernando. (*Ap.*) No es malo saberlo. (*Alto.*) Acaso dudaria usted?...

Luisa. Un poquillo, porque hasta entonces yo podia creer que miraba usted mi casa como una mera sociedad, donde era de rigor emplear un lenguaje frívolo, de galantería...

Fernando. Luisa, puede usted confundirme con esos calaveras que profanan el nombre del amor sin comprenderlo?

Luisa. Sí, me acuso de ello; pero ya le he hecho á usted justicia, y no há mucho hablaba de usted con tanta confianza, que le ocurrió á esa loca de Justina la idea mas...

Fernando. Qué idea?

Luisa. Mas tarde se lo diré á usted; otro dia.

Fernando. Si la idea es agradable, nunca mas oportuna que ahora.

Luisa. No, es cosa demasiado grave. Prometo complacerle á usted cuando volvamos á San Luis, si tiene usted la bondad de darme el brazo.

Fernando. A usted? No!

Luisa. Cómo?

Fernando. (*Riéndose.*) Es decir... ah! ah! ah! Parece que...

Luisa. (*Sacando una carta.*) Sí, amigo mio, la religion

es un bálsamo que todo lo cura. Mire usted, me han asociado á una buena obra, y estoy orgullosa de ello.

Fernando. Qué es esto? Una carta? (*Ap.*) Dios mio! Mi letra!

Luisa. Es una circular, para una cuestacion piadosa.

Fernando. (*Ap.*) La nuestra!

Luisa. Y qué le parece á usted?

Fernando. Muy bien escrita. Ah! ah! ah!

Luisa. Qué tiene usted?

Fernando. Nada, nada; es que juzgo tan original, y luego... no esperaba encontrar en su casa... Y piensa usted contribuir?

Luisa. Sin duda; dicen que el hacer bien tiene por recompensa la felicidad; y como yo no soy bastante rica para ser tan feliz como quisiera, deseo que mis amigos contribuyan, y cuento desde luego con usted.

Fernando. Conmigo? Seguramente. (*Ap.*) Y será la segunda vez que contribuya.

Luisa. Quién sabe? En medio de nuestras fiestas, de nuestros bailes, de nuestros placeres, esto quizás le suscite á usted tambien alguna idea grave, como á la loca de Justina.

ESCENA IV.

DICHOS. JUSTINA.

Justina. Señora, acaban de llegar algunas personas, y el señor don Eduardo...

Fernando. Ah! Ya está ahí Eduardillo?

Justina. José me encarga pregunte á usted cuántas botellas de Champagne se han de poner en nieve.

Fernando. Allá voy yo á decírselo.

Luisa. Le dejo á usted, porque me aguardan; hasta despues. (*Vase.*)

ESCENA V.

FERNANDO. JUSTINA. *Despues* CÉSAR.

Fernando. Oye, chiquita, parece que algunas veces tienes ocurrencias particulares.

Justina. Déjeme usted; estoy muy ocupada.

Fernando. Qué demonio de idea le has metido en la cabeza á tu ama?

Justina. Toma! Qué sé yo! Como no sea lo que le decia cuando usted entraba...

Fernando. Y qué era?

Justina. Que la señora y usted, y usted y la señora simpatizan tanto, que no harian ninguna locura en casarse.

Fernando. Sí, y mi mujer?

Justina. Cómo?

Fernando. Qué?

Justina. Ha dicho usted: y mi mujer?

Fernando. Bien, digo que entonces doña Luisa, tu ama, seria mi mujer.

Justina. Justamente, esa es mi idea.

Fernando. Y graciosa por cierto. Te habrás quedado tan satisfecha de que te haya ocurrido.

Justina. Pues qué, no le agrada á usted?

Fernando. Sí, y en recompensa, toma. (*La abraza en el momento en que aparece César en el fondo.*)

Justina. Quiere usted estarse quieto? (*Un criado sale para anunciar á César.*)

Fernando. Llévete el diablo! (*Sin ver á César.*) Oyes, José, has de poner con nieve diez botellas de Champagne, y del mejor, ya sabes. (*Viendo á César.*) Hola, chico, ahí estabas? Ven pronto, ven acá. (*A los criados.*) Andad con Dios, muchachos, cada cual á su avio. Ah! Justina, dile á Jorge que ponga un cubierto mas, y que este caballero se sentará á la derecha del ama de la casa. (*A César.*) Ya la verás; es una mujer encantadora; yo me colocaré á la izquierda, al lado del corazon. (*A los criados.*) Vamos, andad, andad.

ESCENA VI.

CÉSAR. FERNANDO.

Cesar. Pero á decir verdad, cuanto mas te miro y te contemplo, menos te conozco.

Fernando. Porque aquí estoy á mis anchas, porque no hay caras indigestas, mogigaterías ni embelecos. Nada, Champagne largo, ponche, walses, polkas, etc.

Cesar. (*Riéndose.*) Ah! ah! Esplícame...

Fernando. Nada; has venido á divertirte, con que diviértete. Eso te distraerá de tus pesares... Aquí no se conocen penas, ni se conciben mas que esperanzas.

Cesar. Es una felicidad! Mas no me dirás al menos dónde estoy?

Fernando. En casa de la mujer mas amable, mas seductora, mas... lo que no impide que sea un dragon de virtud. Cuando pienso en la idea de Justina! Linda ocurrencia! Ah! ah! ah!

Cesar. De modo que yo seré para ella un desconocido.

Fernando. Yo te conozco y voy á presentarte, y eso basta.

Cesar. Con que por lo visto, tú tienes aquí vara alta?

Fernando. Si, estoy como en mi casa... es decir, como debia estar en mi casa.

Cesar. Dime, y tu mujer?

Fernando. Silencio! Aquí no la tengo; soy libre, soy soltero: viva la libertad! Veo que te admiras acordándote de mi gravedad de esta mañana, y encontrándome ahora tan vivo, tan ligero... pero es que hay dos hombres en mí: el uno esclavo, triste, fastidiado... es el marido; así es como me viste poco há:— el otro alegre, sin penas, sin mujer, y sobre todo, sin suegra... presente!

Cesar. Vaya! Y parecia que estabas tan contento allá!

Fernando. Sí, contento, contento! Allá soy el hombre mas encadenado, mas aburrido y mas infeliz que has podido ver en tus viajes por tierra y mar. Tú no sabes, querido César, todo lo que he sufrido, desde aquel dia que fué, segun aseguran, el mas venturoso de mi vida!

Cesar. Desde tu matrimonio?

Fernando. Hé aquí lo que yo no podia decirte en mi casa, donde se espian todos mis pasos, donde se escuchan todas mis palabras.

Cesar. Pues qué, tu mujer?...

Fernando. Mi mujer? No es ella la que tiene la culpa; si fuese, yo acabaría por hacerla entender la razon. Pero su madre, su madre!... Ya sabes, la vieja que te rogó políticamente que...

Cesar. Y te confieso, chico, que me llegó al alma.

Fernando. Pobre César! Me parece que todavía te estoy mirando salir con una cara tan compunjida! (*Cambiando de tono.*) Te aseguro que es un infierno!

Cesar. Ya lo creo! Una suegra! A dos mil leguas de distancia aun me pareceria demasiado cerca.

Fernando. Si las cosas se hicieran dos veces! Mas ya se vé, mientras dura el pan de la boda es uno tan débil, tan imprevisor: no se mira mas que al presente, y es tan bello el presente! Luego mi mujer era tan jóven, que yo me alegraba de que tuviese á su lado un mentor, y yo mismo fomentaba esa devocion, que me parecia una garantía mas. Entonces la acompañaba voluntariamente á la iglesia, por no separarme de ella; así me ponia sin sentirlo bajo el yugo de la madre, que pronto se convirtió en tirano de todos. Cuando mas tarde intenté adoptar otros hábitos, no hubo medio de conseguirlo; tuve que escuchar sermones tan largos, tan fastidiosos, que preferí dejar las cosas como estaban. Quise despues salir, divertirme, romper mis cadenas, en fin; pero hubo llantos, gritos, y lo que aborrezco mas en el mundo, quejas, improperios. Así para tener paz, adopté un partido desesperado; el de ser siempre de la opinion de mi suegra. Me dirás que es un absurdo, que es mal hecho; tienes razon; mas al menos de este modo vivo tranquilo, y gozo de su confianza, que justifico como ves.

Cesar. Y no habria medio, ya que tu mujer es mas tratable, segun dices, de entenderos los dos, para revelaros juntos contra esa horrible tiranía?

Fernando. Mi mujer no vé por otros ojos que por los de su madre, y fuera del círculo donde esta la ha encerrado, no cree que existen mas que abismos.—La distraccion mas inocente le parece un pecado capital.—Si te dijese hasta dónde llegan sus escrúpulos, no lo creerias.—Ella tiene una habitacion particular, en la que yo no entro sin su permiso, es decir, sin el de su mamá; porque ella es quien lo dirige todo, ó mas bien don Meliton, ese vejete ex-jesuita, envidioso, falso é hipócrita, que ejerce allí el despotismo de que es tan apasionado; así maneja á su antojo á las dos mujeres. Yo solo estoy en cuarto término; es verdad que

soy el amo de la casa, pero amo... constitucional; reino poco, y no gobierno nada.

Cesar. Eso es insoportable.

Fernando. Insufrible!

Cesar. Yo no tendria paciencia.

Fernando. Así es que no la he tenido. Habian logrado hacerme odiosos los principios que antes respetaba; un dia me escapé sin decir palabra, y todos creyeron que estaba en el sermon.—Un primo mio me trajo aquí, donde una mujer encantadora nos procura todos los placeres con el mismo afan con que en mi casa los huyen. Fuí presentado como un amable provinciano soltero, que vivia en la fonda de San Luis, donde en efecto tengo un cuarto para transformarme en jóven elegante. En cuanto me dejan salir solo, para una junta de cofradía, ó para una novena, ó cuando logro que me envien á nuestra casa de campo con un pretesto cualquiera, entonces...

Cesar. Por eso, sin duda, me sacrificaste esta mañana.

Fernando. Yo lo sacrificaria todo por huir de ellas. Para comprender bien la libertad, es menester salir de una prision; para comprender la alegría, para apreciar la felicidad, es preciso haber pasado una semana entera entre mi consorte y mi suegra, con el respetable don Meliton por añadidura, y el tresillo por toda distraccion. Prueba, prueba, y ya verás.

Cesar. Gracias. Pero tú no tienes mas que un valor negativo, que no te impide ser tratado en tu casa como un imbécil.

Fernando. Es verdad.

Cesar. Como un necio que no se atreve á decir una palabra en favor de sus amigos; porque tú has dejado que les cierren la puerta á cuantos te amaban, á todos tus compañeros, y segun ellos me han dicho, hasta á sus familias.

Fernando. Qué quieres? no me gustan las disputas.

Cesar. Y tu hermana, esa pobre chica tan buena, tan linda, que haria con gusto otra vida mas alegre...

Fernando. No digo lo contrario.

Cesar. Cuando tú podrias con una sola palabra hacerla dichosa...

Fernando. Aunque dijera ciento, no conseguiria nada.

En lugar que aquí, mando, hablo y me rio como me dá gana; todo lo que yo digo, es chistoso; todo lo que hago, está bien hecho. Comerás con nosotros, te convido.—Ya verás qué comida tan esquisita, qué vinos tan deliciosos! Y esta noche en el baile, por vida del demonio que te has de divertir... valsaremos, *polkaremos*... porque mira, yo, á quien no le es permitido tomar siquiera la mano, ni cojer del talle á Ursula, valso y *polko* hasta quedar rendido, derrengado...

Cesar. Ah! ah! ah! Me haces reir á pesar mio.

ESCENA VII.

DICHOS. EDUARDO.

Eduardo. Fernando! Fernando! Ah! No está usted solo?

Fernando. No importa, es un amigo íntimo.

Eduardo. Acabo de saber que se hallaba usted aquí, y como hace tanto tiempo que no nos vemos... Cómo sigue Paulina? Me ha olvidado? No le ha dicho á usted nada para mí? Hable usted por Dios!

Fernando. Pero si no me deja usted!

Cesar. Si no me engaño, este caballero es el señor don Eduardo.

Fernando. El mismo.

Eduardo. Y por quién sabe usted mi nombre?

Cesar. Por la misma Paulina. No tema usted: yo no soy un rival, ni un amante, sino un amigo. He merecido la confianza de esa señorita; sé que siempre le ama á usted; y yo he jurado que será usted su marido.

Eduardo. Qué felicidad! Yo no conozco á usted, caballero, pero tiene usted trazas de ser un hombre de bien.

Fernando. Es tambien un amante desgraciado, de modo que existe entre vosotros simpatía.

Eduardo. Es tan desgraciado como yo?

Cesar. Mucho mas, porque á usted al fin le aman. Pero no esperaba encontrar á usted en este sitio, en compañía de un mala cabeza.

Eduardo. El señor don Fernando me propuso presentarme, y yo lo acepté con alegría, para verle aquí, ya que me echaron de su casa, y tener noticias de Pau-

lina, á quien amo tanto. Así sé que la habla de mí, que toma mi defensa con calor contra aquellas señoras...

Cesar. (*Riéndose.*) Cómo!... Le ha dicho á usted?...

Fernando. Bien, bien; trataremos de eso mas tarde. Oyes, no vayas á hacerme traicion; cuento contigo como conmigo mismo.

Cesar. Tranquilízate, seré mudo, pero me reservo reñirte despues. Es muy malo engañar á tu pobre mujer, por quien me intereso ahora, como por tu hermana, como por tí, como por usted, amigo mio.

Eduardo. Eso es lo que yo le digo siempre.

Fernando. Dejadme hoy cometer el pecado, que mañana haré penitencia. Silencio! La señora de la casa! Voy á presentarte, y ya verás cómo recibe á mis amigos.

ESCENA VIII.

DICHOS. DOÑA LUISA.

Cesar. (*Ap.*) Hé aquí un matrimonio desunido ya! Sin embargo, veremos...

Luisa. Señores, qué hacen ustedes aquí?

Cesar. Dios mio! esa voz!...

Luisa. Allá adentro le echan á usted de menos, señor don Fernando.

Fernando. Antes permítame usted que le presente el amigo que la anuncié poco há.

Luisa. Ya sabe usted que sus amigos... (*Ap.*) Cielos! César!

Cesar. (*Saludando.*) Señora...

Fernando. Es un escelente muchacho que tiene graves disgustos, y quiere olvidarlos en su casa de usted.

Cesar. Creo que lo pasado se olvida pronto.

Luisa. Acaso no es lo mejor que puede una hacer?

Fernando. Sí, lo mismo que aturdirse para no acordarse de lo presente, cuando se está triste, y... (*Conteniéndose.*) Mas perdóneme usted, señora; voy á activar los preparativos ya que así lo desea. (*Bajo á César.*) No te parece que es lindísima!

Cesar. Psit!... No es fea.

Fernando. Con que, Luisita, aquí le dejo á usted un corazon maltratado, herido por una coqueta.

Luisa. Pero este caballero tendrá sin duda filosofía...

Fernando. Sí, aquí, querido, somos todos filósofos. (*Vase.*)

Eduardo. (*Bajo á César.*) Menos yo, que solo tengo esperanza en usted. (*Sigue á Fernando.*)

ESCENA IX.

DOÑA LUISA. CÉSAR.

Cesar. Filosofía, señora! Es una fortuna tenerla, porque á su lado de usted, y ahora mas que nunca, juzgo que puede ser muy necesaria.

Luisa. Amigo mio, estaba segura de que comenzaria usted por una disputa, para volver á entablar la conversacion en el mismo punto en que la dejó.

Cesar. Crea usted que si hubiese pensado que me traian á su casa...

Luisa. Lo creo; y sin duda no ha querido usted, como antiguamente, espiar mi conducta, perseguirme con sus sospechas.

Cesar. Ya no tengo derecho para ser celoso.

Luisa. Lo ha tenido usted nunca? Nadie tiene celos sino de las personas que ama.

Cesar. Y yo no la he amado á usted! Sin embargo, yo no conocia mas que un placer, el de verla á usted; mas que una ambicion, la de agradarla. Una palabra me hacia dichoso, feliz; una mirada me embriagaba de felicidad; la idea de perder á usted algun dia, me volvia loco. Yo ofrecí mi corazon, mi nombre, mi vida entera. Y esto no era nada? Ah! mi amigo Fernando es muy diferente; su amor es verdadero, su fidelidad segura; él no engaña á usted; él...

Luisa. Ciertamente que no; es un jóven muy apreciable, que me respeta demasiado para cansarme con sus celos, como...

Cesar. Como yo, acabe usted. Sin duda que hice mal; pero usted olvida que despues de haberme jurado un amor que yo debia creer sincero, se complacia en afligirme sin cesar, en atormentar un corazon que solo

latía por usted! Y cuando yo sufria, cuando estaba triste, una sonrisa burlona me revelaba el triunfo de mis rivales.

Luisa. Sus rivales! Como si los hubiera tenido usted! Aquellas quimeras que me comprometian contínuamente, aquel duelo que fué un escándalo, hasta su partida precipitada, cuando ya estaba anunciado nuestro matrimonio á los amigos, todo eso, mas se parecia al odio que al amor.

Cesar. Yo conocia que mi presencia era para usted un suplicio.

Luisa. Y quién se lo habia dicho á usted?

Cesar. Que nunca seríamos felices.

Luisa. Era usted muy dueño de creerlo.

Cesar. Por eso partí, para curarme de mi pasion: no creí que fuese tan difícil!

Luisa. Caballero!...

Cesar. Pero lo conseguiré; y este encuentro que yo no deseaba, el aspecto de la felicidad de usted...

Luisa. Sí, sí, una vida agitada puede proporcionarla... yo soy feliz. He encontrado en Madrid una sociedad agradable, y amigos fieles. He intentado aturdirme para no sentir los pesares, de que era usted causa principal...

Cesar. Señora!...

Luisa. Y acaso he conseguido mas de lo que queria. Tal vez me acusará quien no sepa comprenderme; pero qué importa si él me comprende, si...

Cesar. Quién? Fernando? mi amigo?

Luisa. Sí señor, su amigo de usted, y bien veo que la amistad nace de los contrastes. Con él nunca hay disputas ni disensiones; no se asusta de que me tributen obsequios, tiene fé en mi amor, y se complace en compartir todos mis placeres, todas mis diversiones.

Cesar. Si es un hombre perfecto!

Luisa. Yo no digo eso, porque creo que no existe ninguno que lo sea.

Cesar. Esa es una ventaja que ustedes las mujeres tienen sobre nosotros.

Luisa. Pero posee lo que me agrada mas, el arte de no contradecirme nunca. Es complaciente, amable y confiado; en fin, tiene todas las cualidades que deseo, y

de que usted carecia. Ya ve usted, amigo mio, que es el marido que me conviene.

Cesar. (*Riéndose.*) El marido! Con que será su marido de usted?

Luisa. Si yo quiero; y solo faltaba ese aire de duda para acabarme de decidir.

Cesar. Pues doy á usted la enhorabuena.

Luisa. A él es á quien usted debe dársela; y dígale que concediéndole mi corazon y mi mano, recompenso en él...

Cesar. Las cualidades que yo no poseo. Está entendido.

Luisa. Seguramente. (*Ap.*) Estoy cierta de que le ahoga la rabia! Tanto mejor!

ESCENA X.

DICHOS. JUSTINA.

Justina. Perdone usted si la incomodo; pero afuera hay dos personas... dos señoras...

Luisa. Pues bien, hazlas entrar en la sala.

Justina. Es que no son de las convidadas, y solo desean hablar á usted.

Luisa. Entonces...

Cesar. La dejo á usted en libertad de recibirlas aquí, si gusta.

Luisa. No tiene usted celos de ellas?

Cesar. (*Sonriéndose.*) No... ni de su marido de usted tampoco.

Luisa. Caballero!...

Cesar. (*Aparte yéndose.*) De todos modos, me alegro de haber venido.

Luisa. (*Ap.*) Qué mirada tan insultante! Qué tono de ironía! (*A Justina.*) Que pasen adelante! Sin duda serán las de la asociacion piadosa. A buen tiempo llegan.

ESCENA XI.

DOÑA LUISA. DOÑA ESCOLÁSTICA. ÚRSULA. JUSTINA.

Escolastica. Ya sabrá usted, señora, el deber que nos conduce á su casa; y la circular que supongo habrá recibido...

Luisa. Así es.

Ursula. (*Ap.*) No me ha visto.

Luisa. Y agradezco mucho á ustedes que me proporcionen esta ocasion de hacer algun bien. Pero no me engaño... Ursula!

Ursula. Me ha reconocido! Luisa!

Escolastica. Cómo! Conoce usted á mi hija?

Luisa. Hace mucho tiempo; hemos sido compañeras de colegio, donde aunque muy jóven, se distinguia ya por su juicio y su formalidad.

Ursula. Y usted por su talento y buen humor.

Luisa. Yo tambien decia, doña Escolástica Zorrilla... Este nombre no me es desconocido.

Ursula. En cuanto á mí, no habia olvidado que Luisa Figueroa era ahora la señora de Valladares, y estaba segura de que me agradeceria el haberla puesto en mi lista.

Luisa. Sin duda, y mas que puede usted figurarse. Pero siéntense ustedes! Justina?

Escolastica. No, no es posible, estamos muy de prisa.— Creo que en esta casa vive tambien otra señora, la marquesa del Bosque Real...

Luisa. Justamente; una persona muy respetable, y que gusta poco de diversiones.

Justina. (*Ap.*) Ay! mucho me temo que no haga nuestro elogio!

Escolastica. Ya han debido anunciarla nuestra visita, y vamos...

Luisa. Pues irá usted sola, porque yo me quedo con Ursula, al menos mientras sube usted al cuarto de la marquesa.

Escolastica. Pero...

Ursula. Mamá, déjeme usted.

Escolastica. Ya que te empeñas quédate, y luego volveré á recoger la ofrenda que usted nos promete.

Luisa. Que tendrá usted á su disposicion. Justina, acompaña á esta señora.

ESCENA XII.

ÚRSULA. LUISA.

Luisa. (*Ap.*) Doña Escolástica conserva la misma cara

de despedir huéspedes de siempre. (*Alto.*) Querida Ursula, no tenemos mas que un instante para charlar de nuestras cosas. Se ha casado usted?

Ursula. Sí, amiga mia.

Luisa. Y qué tristemente lo dice! Así no sé si debo felicitarla ó compadecerla á usted.

Ursula. Mi marido es muy bueno, yo le amo con toda mi alma; pero á mamá le parece demasiado ligero, demasiado mundano. Pero felizmente con buenos consejos...

Luisa. Ah! ah! usted como antes! siempre un poco beata!

Ursula. Y usted siempre algo burlona. Es usted feliz, Luisa?

Luisa. Soy viuda...

Ursula. Qué alegremente lo dice usted!

Luisa. No, he llorado á mi esposo bastante tiempo; porque era hombre de bien, aunque triste é hipocondríaco. Parecia que siempre estaba dispuesto á echarme en cara mi alegría y mi aficion á los placeres del mundo.

Ursula. Si eran placeres prohibidos...

Luisa. (*Riéndose.*) Placeres prohibidos! Los bailes, los teatros, las tertulias...

Ursula. Quizás no le faltaba razon!

Luisa. Cómo! pues usted?

Ursula. Yo no voy nunca á esas partes.

Luisa. Y se conforma con ello su esposo de usted?

Ursula. Al principio tenia otros proyectos, otras ideas; queria llevarme á todas las diversiones, y hubiera deseado que yo brillase mas que ninguna, por mi hermosura y por mi lujo.

Luisa. De veras? Pues ese hombre debe ser un ángel! Hé ahí el marido que me hacia falta.

Ursula. Si la oyese á usted mamá!—En cuanto á mí, confieso que me asustaba de sus planes, porque yo no hubiera podido rehusarle nada, y conozco que me habria condenado con él. Felizmente se le ha hecho comprender que ese género de vida no es conveniente, y en el dia hace la misma que nosotras.

Luisa. Yo fuí muy rebelde; por mas que mi marido me predicó, no pudo convencerme, haciéndome desgra-

ciada, sin ser él por eso feliz; y combatiendo sin cesar mi aficion á los placeres, no logró sino que me agradasen mas. Así, si despues de mi viudez he sido algo alegre, algo inconsecuente, él tiene la culpa.

Ursula. (*Alarmada.*) Es posible que diga usted eso?

Luisa. Y sin embargo, me volveré á casar, porque necesito un guia, un amigo; pero quiero un marido que no sea gazmoño, ni celoso; que guste de la sociedad como yo; que busque las diversiones como yo; en fin, en una palabra, que no se parezca en nada al primero. Por fortuna, creo que ya he encontrado lo que ambicionaba.

Ursula. Va usted á casarse con alguno á quien ama?

Luisa. A quien amo? No estoy muy segura... sobre todo... hace una hora... desde... (*Movimiento de Ursula.*) Es decir... me volveré á casar... es preciso... y entonces nos veremos á menudo, querida Ursula.

Ursula. Oh, no! Mamá reprobaria esa vida disipada! Dios mio! y no viene!

Luisa. No tiemble usted.—Yo quiero convertirla y participará de mis placeres, como ahora me hace usted compartir los suyos. Si no fuera tan tarde, la convidaría á usted para mi baile de esta noche.

Ursula. (*Asustada.*) Un baile! Usted dá un baile?

Luisa. Todas las semanas.

Ursula. (*Con espanto.*) Adios... creo oir...

Luisa. No, no me dejará usted de ese modo. Yo pediré para la asociacion á mis amigos, probando así que en medio de nuestras fiestas, sé comprenden perfectamente las virtudes que usted practica tambien.

ESCENA XIII.

DICHOS. CÉSAR.

Cesar. (*Ap.*) La alegría de esa gente me es insoportable!

Luisa. Adónde va usted, César?

Cesar. Señora...

Ursula. Sí, es él!

Cesar. Qué veo! Usted aquí?

Luisa. Pues qué, conoce usted á Ursula?

Cesar. Sí, en efecto... y mi sorpresa... (*Ap.*) Pobre Fernando!

Ursula. Este caballero es un antiguo amigo de mi esposo.

Luisa. Entonces no me admiro de que profese principios tan severos.

Cesar. (*Ap.*) Qué querrá decir?

Ursula. (*Ap.*) Sin duda no sabe...

Luisa. (*Por lo bajo á Ursula.*) Es un celoso al que yo amé en otro tiempo; uno de mis desgraciados adoradores... (*Movimiento de Ursula.*) porque tengo muchos. (*Alto.*) Perdone usted, amiga mia; ya no temo dejarla, puesto que queda en tan buena compañía. Yo voy á pedir por los pobres, caballero, y aguardo que no hablará entretanto mal de mí, aunque solo sea por caridad cristiana. (*Vase.*)

ESCENA XIV.

ÚRSULA. CÉSAR.

Ursula. (*Ap.*) Principios severos! Pues no le conoce!

Cesar. Señora, no sabe Luisa su nombre de usted, el de su marido?

Ursula. El de mi marido? No me lo ha preguntado.

Cesar. No, no, no lo creo. Pero usted, qué es lo que viene á hacer aquí?

Ursula. He venido con mi madre.

Cesar. Doña Escolástica!

Ursula. Ha subido al cuarto segundo, y la estoy aguardando aquí.

Cesar. Doña Escolástica se halla en la vecindad... y va á volver á buscarla á usted? (*Ap.*) Si se encuentran, buena la va á haber. (*Alto.*) Y su esposo de usted?

Ursula. En el campo.

Cesar. En el campo? Está usted segura?

Ursula. Segurísima: pero por qué?

Cesar. A menos que no se haya aprovechado de un momento de libertad... para permanecer en Madrid... de oculto... y burlar así la tiranía de su mujer y de su suegra.

Ursula. Caballero!

Cesar. Todas las tiranías se parecen en que hacen á los hombres desgraciados ó hipócritas.

Ursula. No le comprendo á usted.

Cesar. Pues bien, señora... (*Ap.*) Es el único medio de salvarnos todos! (*Alto.*) Si en una sociedad que le han prohibido su mamá y usted, gozase de esa libertad... de esos placeres... que nunca agradan mas que cuando está uno privado de ellos; si gracias á esa vigilancia que le ofende y le fastidia, buscase lejos de ustedes una felicidad que no encuentra en su casa... (*Ursula le mira.*) Porque aquí para entre los dos, el pobre Fernando no hace muy buen papel.

Ursula. Yo cumplo con mis deberes...

Cesar. Sí, bien, muy bien... demasiado bien quizás; pero hay algo mas que eso en la vida; sí señora, los matrimonios no deben vivir como en un convento, y la conducta que es escelente en el claustro, pasa por absurda en el mundo. Esa vida á que usted se condena, le agrada, le conviene, porque está habituada á ella desde su infancia; pero Fernando es distinto. Antes de casarse ha gozado de los placeres, de las distracciones de la sociedad; y cree usted poder privarle de eso impunemente, encerrarle en la austeridad de su casa, y entregárselo á la dominacion de su señora madre y de don Melitoñ?

Ursula. No sé lo que quiere usted decir; y mi marido me ama demasiado para quejarse...

Cesar. Y á quien quiere usté que se queje? A usted?... Pero es usted para él lo que debiera ser? Si he de dar crédito á lo que he visto y á lo que sé por la confianza de Fernando...

Ursula. La confianza? Pues qué ha dicho?

Cesar. Que es usted una escelente hija; que la voluntad de su mamá es antes que la de su marido, quien teniendo una mujer jóven y bonita... (*Movimiento de Ursula.*) Perdone usted, no digo esto por incomodarla.—Lo repito, teniendo una mujer jóven y bonita, á la cual quisiera amar á su modo y á solas, se vé obligado á sufrir siempre delante á doña Escolástica, cosa que le es desagradable. Le quitan hasta su cariño de usted, el único placer que podria hacerle olvidar los otros; y si busca los otros, quizás pueden hacerle que olvide aquel.

Ursula. Eso es imposible, porque tiene ideas demasia-

do rectas, demasiado juiciosas... Y luego es feliz, muy feliz, para que busque en otra parte, como usted dice...

Cesar. Yo señalo un peligro, doy una leccion tal vez.

Ursula. Mientras él está en el campo, donde piensa en mí, en sus deberes...

ESCENA XV.

DICHOS. FERNANDO.

(*Sale alegremente sin ver á Ursula que se halla detrás de César.*)

Fernando. (*Dentro.*) A la mesa, á la mesa! Eduardo! César! (*A César.*) Adentro, carísimo! Verás qué magnífico aspecto ofrece aquello!

Ursula. Me engaño! No es posible que sea él!

Fernando. (*Cantando.*) Al bebedor panzudo
alegre y narigudo,
ciñámosle corona
corona...

Ursula. Mi marido!!!

Fernando. Ah! Mi!!!...

Ursula. Caballero, qué hace usted aquí?

Fernando. Perdona, amiga mia... Eso era lo que yo te iba... á preguntar.

Cesar. Esta señora ha venido á hacer una obra de misericordia.

Fernando. En efecto... la circular... Ya comprendo... y yo tambien he venido... pues... para lo mismo.

Ursula. No, eso no es verdad, y yo sabré por qué me ha engañado usted.

Fernando. No vayas á creer... Jesus!... que habia algun gatuperio... qué horror!

Ursula. Sáqueme usted de aquí, sáqueme usted de aquí al instante. Me ahogo en esta casa! Vámonos, vámonos!

ESCENA XVI.

DICHOS. DOÑA LUISA. EDUARDO.

(*Luisa trae la bolsa llena de oro, Eduardo la dá el brazo.*)

Luisa. Qué es eso de vámonos? Quién se quiere marchar?

Eduardo. Nadie sale!

Fernando. (*Ap.*) Luisa ahora!

Cesar. (*Ap.*) Buena se va á armar!

Eduardo. Qué veo! Señora...

Ursula. Caballero... (*Ap.*) Dios mio! No hay mas que calaveras aquí!

Luisa. (*Mirándolos á todos.*) Pero qué ocurre?

Ursula. Nada... nada... yo me alejo de una casa, donde...

Luisa. Donde solo tiene usted amigos... y yo le traigo su bolsa bien repleta.

Fernando. Permítame usted... Esta señora se marchaba, y yo...

Luisa. (*Aparte á Ursula.*) El es... el jóven de quien he hablado á usted... el que quiere casarse conmigo...

Ursula. Mi marido!!!

Luisa. Su marido!!!

Fernando. Señora...

ESCENA XVII.

DICHOS. DOÑA ESCOLÁSTICA, *seguida de* JUSTINA.

Escolastica. (*A Justina.*) No avise usted á nadie... yo entraré.

Eduardo. Doña Escolástica!

Fernando. (*Ap.*) Estoy muerto!

Justina. Señora, son calumnias de esa vieja.

Escolastica. Déjeme usted en paz. (*Acercándose á Ursula.*) Hija mia, ven; estamos haciendo aquí mala obra; y luego lo que acabo de saber... Ah! Mi yerno!!

Justina. (*Ap.*) Su yerno!!

Fernando. (*Ap.*) Cayóse la casa á cuestas.

Escolastica. Mi yerno en Madrid... y aquí!!

Fernando. Yo mismo, querida mamá; yo mismo... (*Ap.*) No hay medio de negar!

Escolastica. Y me esplicará usted?...

Fernando. Nada mas fácil... yo pasaba... y al pasar... En fin, ya comprende usted...

Ursula. Sí, mamá, sí; Fernando reconoció nuestro coche á la puerta de esta casa, y subió... para dar á usted el brazo.

Fernando. Eso, eso es.

Cesar. (*Ap.*) Qué bien miente! Mujer al fin!

Escolástica. Pero tú estás muy agitada, hija mia.
Cesar. Señora...
Escolastica. Qué veo! Usted!... (*César la saluda.*) Y don Eduardo tambien! No podia faltar. Ya se vé, un bailarin de primera tijera...
Eduardo. Sí señora, venia... y celebro infinito... (*Ap.*) No sé qué decir.
Escolastica. El encuentro es muy agradable, y mi yerno...
Fernando. Yo... yo subí naturalmente... A primera vista esto puede parecer chocante... pero al cabo todo se esplica, y espero que esta señora se dignará perdonarme...
Luisa. Una circunstancia que me ha proporcionado la satisfaccion de volver á ver á mi querida Ursula, y de *conocer* á su marido? (*Bajo á César.*) Ah! hizo usted muy mal en ocultarme...
Escolastica. Hija mia, partamos, y no molestemos mas á esta señora, que deseará comenzar su baile. En cuaresma!!!
Luisa. Olvida usted su bolsa y nuestras limosnas... que los desgraciados no rehusarán.
Cesar. (*Añadiendo una moneda de oro.*) Inclusa la mia.— Usted, Eduardo.
Eduardo. Ciertamente. (*Dá otra.*)
Fernando. (*Ap.*) Volveré dentro de un instante, y entonces sabré...
Ursula. Fernando!
Escolastica. Dá el brazo á tu esposa, yerno mio.
Luisa. (*Bajo á César.*) César! Quédese usted!
Cesar. Ah!
(*Justina sonriéndose entrega su sombrero á Fernando, á quien se lleva su mujer; César contempla á Luisa que está muy conmovida, y la besa la mano. Eduardo saluda á doña Escolástica, que los mira á todos con desden.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del primero.

ESCENA PRIMERA.

PAULINA, *sola.*

No hay esperanza! mi hermano me abandona! Ursula se encierra en su cuarto, y ni siquiera tengo á César para que me proteja. Bien lo veo; como no suceda un milagro no habrá otro remedio que casarme con el sobrino de don Meliton. Y si al menos estuviese el pobre Eduardo para aconsejarme! pero no! No le volveré á ver!

ESCENA II.

PAULINA. CÉSAR.

Cesar. Aunque tenga que luchar con todos los de la casa... (*Viendo á Paulina.*) Paulina!

Paulina. Amigo mio! El cielo le envia á usted! Pero cómo se atreve usted despues de lo que ayer pasó?...

Cesar. Porque me despidieron bonitamente? Un marino no retrocede por tan poco. Y qué ha ocurrido despues que me marché?

Paulina. Sucesos muy singulares y que yo no comprendo.—En primer lugar, mi hermano á quien yo creia en el campo, volvió anoche con su mujer y su suegra; Ursula no quiso que saliese otra vez, lo que produjo entre ella y doña Escolástica una disputa acalorada... la primera que he presenciado.

Cesar. Tanto mejor. Principio quieren las cosas. Y despues?...

Paulina. Entonces mi cuñada se fué llorando á su cuarto con su marido, que la seguia de muy mala gana.

Cesar. Ingrato!

Paulina. Doña Escolástica se quedó jugando á la malilla con don Meliton, al que hizo rabiar durante toda la noche, y el cual se vengó tomándose un jicaron de chocolate con bizcochos, una tacilla de dulce, y cinco ó seis vasos de agua con esponjados. Cuando yo me retiré á acostar, reñian como dos energúmenos, y eso me puso de mejor humor, en primer lugar porque si disputan se ocupan menos de mí, y además, porque me divierto con sus gritos y sus gestos.

Cesar. Y hoy?

Paulina. Hoy estaba Ursula menos triste; pero cuando mi hermano salió... porque ha salido ya tres veces...

Cesar. Sí, lo sé.

Paulina. Lo sabe usted? Pues bien, entonces ella estaba tan inquieta...

Cesar. Bravo!

Paulina. Luego escribió un billete...

Cesar. Que yo he recibido.

Paulina. Usted!

Cesar. Y la suegra?

Paulina. Para esa fué fatal la noche. Gruñendo como siempre, acaba de decirme ahora que está decidido mi matrimonio, y que hoy iremos á casa de la hermana de don Meliton para señalar el dia.

Cesar. No tenga usted miedo.

Paulina. De veras?

Cesar. Así lo aguardo, porque yo vengo para devolver á todos el sosiego y la felicidad.

Paulina. Trabajo le costará á usted!

Cesar. Quizás; pero es menester que usted me ayude.

Paulina. Hable usted! Qué debo hacer?

Cesar. En primer lugar obedecerme en todo; y para comenzar, cuando le traigan á usted un trage muy bonito de baile, que ya deberia estar aquí, ponérselo en seguida.

Paulina. Un trage de baile! Y para qué? Yo nunca he bailado mas que enfrente de mí misma... delante de mi espejo.

Cesar. Pues bien, hoy bailará usted con alguno que le interesa.

Paulina. Con Eduardo?

Cesar. Tal vez.

Paulina. No diga usted esas cosas, porque la entristecen á una.

Cesar. Repito que bailará usted con él.

Paulina. Pero cuándo?

Cesar. Esta noche.

Paulina. Y dónde?

Cesar. Aquí.

Paulina. Ya veo que se está usted burlando de mí. Eso es imposible.

Cesar. Difícil no digo que no; pero imposible... Nosotros los marinos cuando nos proponemos alguna cosa, nos salimos con ella, porque somos muy tercos.

Paulina. Eso se llama tener carácter y yo lo aplaudo.

Cesar. He prometido que mi amigo hallará la felicidad en su matrimonio...

Paulina. Lo ha prometido usted! Y á quién?

Cesar. Ese es mi secreto; pero lo he prometido, y lo cumpliré.—Que su mujer dará un baile, y lo dará...

Paulina. Y que abrirán el susodicho baile doña Escolástica con don Meliton?

Cesar. Por qué no?

Paulina. Yo no creo nada de eso, y mientras no haya visto, lo que se llama visto, con mis propios ojos...

Cesar. Pues bien, vuélvase usted, y mire á su pareja.

ESCENA III.

DICHOS. EDUARDO.

Paulina. Eduardo!

Eduardo. Mi querida Paulina! Por fin la vuelvo á encontrar á usted!

Paulina. De veras es usted? Dios mio! Cuánto tiempo hacia que no nos veíamos!

Eduardo. Yo sin embargo la acechaba á usted oculto detrás de un pilar de la iglesia, adonde la seguia todos los dias.

Paulina. En la iglesia! Y luego dirán que no es juicioso!

Eduardo. Y usted me ama aun... á pesar de ese sobrino del jesuita?

Paulina. Yo creo que mas aun por esa razon; pero no teme usted que le echen de esta casa?

Eduardo. Yo temer! cuando estoy á su lado, nada me asusta, nada me intimida!

Cesar. Doña Escolástica!!

Paulina y Eduardo. Ah!!! (*Quieren huir: César los detiene.*)

Cesar. Alto ahí, valiente! Y para no esponernos á una alarma verdadera, dígame usted pronto lo que ha hecho.

Eduardo. Ejecutar puntualmente sus órdenes: todo estará corriente dentro de una hora, y tendremos un baile magnífico.

Paulina. Un baile! pero es cierto lo que oigo?

Cesar. Dudará usted aun á pesar de mis promesas?

Paulina. No, no: lo creo todo! Ha empezado usted tan bien!

Eduardo. Querrá usted bailar conmigo el primer rigodon?

Paulina. Todos los que usted guste.

Cesar. Y el repostero?

Eduardo. Vendrá.

Cesar. Y la orquesta?

Eduardo. Será la misma que tuvimos ayer en casa de doña Luisa.

Paulina. Cómo, caballero, ayer?... Con que ha bailado usted mientras yo lloraba?

Eduardo. Bailaba... bailaba de desesperacion... pensando en usted!

Cesar. Eso no podia perjudicarle á usted, y á él le servia de consuelo. Ha vuelto usted á ver á Luisa?

Eduardo. Sí, ya lo olvidaba; hé aquí la respuesta.

Cesar. Venga pronto. (*La abre y recorre rápidamente.*)

Eduardo. Al ir á su casa encontré á Fernando furioso, desesperado, porque ella no habia querido recibirle.

Paulina. A mi hermano?

Cesar. (*Leyendo.*) Sí, ya lo veo, perfectamente.—Dice que cumplirá su promesa, si yo cumplo la mia. Esto es menos fácil; pero sin embargo, lo conseguiré ó perderé el nombre de César.

Eduardo. Fernando quiere escaparse esta noche para ir al baile de la Baronesa del Valle, donde espera encontrarla.

Cesar. Pues no irá, por vida del diablo!

Paulina. (*Viendo salir á Ursula.*) Dios mio!

ESCENA IV.

DICHOS. URSULA.

Ursula. Usted aquí, Eduardo?

Eduardo. Perdone usted, señora; pero me he atrevido á esperar... y el señor don César...

Cesar. A mí la amistad me conduce, Ursulita, pero en cuanto á él creo que algun sentimiento mas...

Ursula. Caballero!

Cesar. No tema usted, es menester que la hable... que la hable de su marido.

Ursula. De mi marido? Paulina, ahí traen un vestido para tí.

Paulina. Para mí?

Cesar. (*Bajo.*) Sí, el de baile. (*A Eduardo.*) Usted, amigo mio, ya sabe que necesitamos gente.

Eduardo. No hay cuidado, yo traeré á todos mis amigos. Señorita, hasta la noche.

Paulina. Hasta la noche.

Ursula. (*Mirándolos marcharse.*) Qué querrán decir?

ESCENA V.

URSULA. CÉSAR.

Cesar. Dicen, amiga mia, que esta noche la verá en el baile.

Ursula. Usted se chancea!

Cesar. Acaso voy demasiado de prisa, pero el tiempo urge, nuestros peligros son iguales, y el interés debe unirnos.

Ursula. No le comprendo á usted!

Cesar. Sin embargo, lo que pasó en casa de doña Luisa, puede ayudar á su inteligencia de usted; y además la cartita que me escribió usted misma esta mañana...

Ursula. Hable usted bajo!— Soy tan desgraciada! Ahora tengo miedo de todo... en todas partes veo peligros que antes no sospechaba; y lo que usted me dijo ayer...

Cesar. Que los placeres nunca ofrecen mayor atractivo que cuando nos están vedados? Ya lo ha visto usted, señora, ese es el verdadero fruto prohibido, y su esposo de usted, cual otro Eva, no ha podido resistir á la tentacion.

Ursula. Usted tiene la culpa, porque seguramente antes de su llegada á Madrid...

Cesar. Sospecha usted de mí, de mí que sinceramente me aflijo del desórden en que le encuentro, y que es el resultado de la vida austera á que usted le condena; de mí, que por cariño hacia él vengo á oponerme de acuerdo con usted para recordarle sus deberes? Y aun no lo sabe usted todo! Esa Luisa á quien él queria engañar, y que le recibia con tanta mayor confianza cuanto que veía en él á su futuro esposo... (*Movimiento de Ursula.*) esa es la mujer que yo amo! Si señora: juzgue usted del peligro que corria su marido, por el que yo no he podido evitar.—Yo que maldecia la coquetería de Luisa; yo que habia jurado no volverla á ver, ayer al encontrarla sentí despertarse en mí ese amor vehemente que me inspiró cuando esponia mi vida por ella. Cree usted que yo hubiera ayudado á Fernando en su detestable obra, si lo hubiese tenido en mi mano?

Ursula. Y entonces, cómo es que le encontré á usted allí con él?

Cesar. Porque lejos de esta casa donde sumiso cual un esclavo, sacrifica cobardemente su libertad, debia hallarle yo en otra parte donde le aguardan los placeres, donde se anticipan á sus deseos y á sus votos. A tiempo llegué, Ursula, para salvar su ventura de usted y la mia. Por fortuna ese encuentro ha sido para todos nosotros una leccion, de la que deberemos felicitarnos, si Luisa dá fin á locuras que la comprometian, y si usted proporciona á su marido las distracciones y los halagos que le devolverán su afecto.

Ursula. Su afecto! Pues qué lo he perdido?

Cesar. Al menos ha estado usted muy cerca; y todavía esta mañana no me hubiera atrevido á responder...

Ursula. Esta mañana?

Cesar. Adónde piensa usted que fué á las nueve?

Ursula. A la iglesia.

Cesar. No lo creo.—Y á las once?

Ursula. A la fábrica.

Cesar. Tampoco lo creo.—Y á las dos?

Ursula. Dios mio! Adónde?

Cesar. A las nueve corria á implorar el perdon de la

misma á quien ha engañado; pero no fué recibido.—A las once me obligaba á que almorzase con él en casa de Sevy y L'Hardy, ahogando en vino de Burdeos los buenos consejos que yo le daba; y por último, á las dos suplicaba á la Baronesa del Valle que intercediese por él...

Ursula. La Baronesa del Valle!

Cesar. Sí, una mujer de mundo, que tiene esta noche un baile al que Fernando debe ir.

Ursula. Pues no irá.

Cesar. Irá! Le gusta tanto el baile!

Ursula. De veras? Y acaso baila?

Cesar. Y muy bien. Sobre todo la polka.

Ursula. La polka!

Cesar. Con que, señora, ya ve usted que somos aliados necesarios; que en esto van su reposo y el mio; que á toda costa se necesita retener á Fernando, si es tiempo aun.

Ursula. Pero cómo, Dios mio, cómo? Si ya no me ama, si huye de esta casa...

Cesar. Pues bien, es menester obligarle á que permanezca en ella feliz y contento. Para esto se necesita que su mansion le sea mas grata que antes; que encuentre una esposa amable é indulgente; los amigos á quienes habia alejado una moral intolerante; los placeres que una austeridad sobrado rigorosa le obligaba á buscar en otros sitios. Y esos amigos, esos placeres, los encontrará aquí esta noche misma, á su lado de usted.

Ursula. Esta noche!

Cesar. A menos que no prefiera usted verle saltar aunque sea por la ventana, para correr á casa de Luisa.

Ursula. Oh! no! no! Haré todo lo que usted quiera, amigo mio, con tal de que no vuelva allá!

Cesar. Esa es mi opinion, y confieso que soy un poco egoista. Oigame usted: he escrito á los antiguos compañeros de Fernando, y todos vendrán al baile que dará usted hoy, y para el que los he convidado en su nombre.

Ursula. Un baile!... Piensa usted en semejante cosa?

Cesar. Sí señora, pienso, ó por mejor decir, he pensado; no habia tiempo que perder, y no lo he perdido como usted vé.—Están dadas las órdenes, solo se ne-

cesita una palabra de usted, y dentro de un instante todo se hallará corriente.

Ursula. Un baile aquí? Y yo dónde me he de refugiar?

Cesar. Usted, señora? En medio de su salon, para hacer los honores de él, para eclipsar á los ojos de su marido á todas las mujeres que la rodeen, y que no tendrán su gracia de usted, ni ese aire de candor y de bondad, que le conquistan todos los corazones, así como el de Fernando.

Ursula. Eso es imposible! Y mi madre?

Cesar. Usted está en su casa; es dueña de ella, y nadie obliga á mi señora doña Escolástica á que asista á nuestra funcion. Al contrario, se la puede suplicar que... (*Ap.*) Como hizo conmigo ayer la muy grosera!

Ursula. No, no; repito que no es posible; yo nunca daré un baile...

Cesar. Señora...

Ursula. En primer lugar, necesitaba un trage.

Cesar. Ah! Cuando piensa usted en eso, es señal de que comenzamos á entendernos.

Ursula. Pero, amigo mio, yo no...

Cesar. Entonces, no se hable mas del asunto, y si sucede alguna desgracia...

ESCENA VI.

DICHOS. FERNANDO.

Fernando. (*Dentro.*) Pase usted al cuarto de mamá, señor don Meliton.

Cesar. Ven acá, querido Fernando.

Fernando. (*Sin ver á su mujer.*) César! Cómo! No tienes miedo de volver? Ah! Ya comprendo! El almuerzo de esta mañana te ha producido el mismo efecto que á mí.

Cesar. Seguramente; y vengo á preguntarte á qué hora vas á casa de la Baronesa del Valle.

Fernando. A las nueve.

Ursula. A casa de la Baronesa del Valle!!

Fernando. Mi mujer! — La Baronesa del Valle? No la conozco! No sé qué quieres decir. (*Ap.*) Habrá torpe!

Cesar. Por qué te turbas? Se trata de una señora muy distinguida, que recibe la mejor sociedad.

Fernando. Es cierto: la mejor sociedad.
Ursula. Y qué, usted la conoce?
Fernando. Yo? No: no digo eso.
Cesar. Y has hecho que me convide para hoy?
Fernando. Yo? Yo?... Que te convide? (*Ap.*) Maldito!
Cesar. No seas hipócrita con tu mujer, que lo sabe todo. Tu suegra no está aquí...
Fernando. En efecto... iré al baile de la Baronesa... una vez que lo he prometido.
Ursula. No señor, no, yo no quiero. Además nos espera la hermana de don Meliton, y pasaremos la noche en su casa.
Cesar. (*Riéndose.*) Jugando al revesino ó á los tres sietes?
Fernando. Sí, bonita diversion! Pues entonces, ya que me he de fastidiar allí, prefiero marcharme al campo.
Cesar. Como ayer? Amigo mio, franqueza; no engañes á tu mujer.
Fernando. Yo no la engaño.
Ursula. No, y se va usted á casa de esa señora?
Cesar. Es claro!
Fernando. Pues bien, sí, sí, allá voy.
Ursula. Para volver á encontrar á Luisa.
Fernando. A Luisa? No, porque no irá.
Cesar. Sí tal.
Fernando. Yo digo que no.
Cesar. Y yo que sí, puesto que soy el que debe acompañarla.
Ursula. Lo ve usted? Lo ve usted?
Fernando. (*Ap.*) Los demonios tiene en el cuerpo este hombre!
Ursula. Le aseguro á usted que no irá; porque no le dejaré salir... porque no me separaré de usted...
Cesar. Esa es una tiranía!
Fernando. Sí, es una tiranía insoportable. Aquí me aburro, me muero de fastidio...
Cesar. (*Bajo á Ursula.*) Se muere de fastidio, lo oye usted?...
Fernando Y en fin, yo soy dueño de mis acciones, é iré á casa de la Baronesa si me acomoda, porque no quiero que me dominen, que me tiranicen.
Ursula. Sin embargo...

Fernando. Iré á ese baile, aunque tenga que saltar por la ventana.
Cesar. (*A Ursula.*) Qué le decia yo á usted?
Ursula. Para ver á Luisa?
Fernando. Para ver á Luisa.
Ursula. Con la que usted queria casarse?
Fernando. Con la que yo queria casar... Ah! Qué estoy diciendo? (*César lanza una carcajada.*)
Cesar. Ah! ah! ah!
Ursula. (*Bajo á César.*) Amigo mio, haga usted lo que guste; consiento en todo con tal de que no salga.
Cesar. (*Ap.*) Gracias á Dios! Trabajo me ha costado!
Fernando. (*Paseándose con aire de triunfo.*) Ya que se empeñan, les haré ver quién soy; les haré ver que no se juega conmigo; que no soy ningun chiquillo... (*Dá un puntapié á una silla; doña Escolástica sale y se encuentra de frente con Fernando, que se queda turbado.*)

ESCENA VII.

DICHOS. DOÑA ESCOLÁSTICA. DON MELITON.

Escolastica. Qué es eso, yerno? Qué ocurre?
Fernando. Nada, mamá, nada... estaba arreglando esto... y... y...
Escolastica. Yo me marcho ahora, pero el señor don Meliton, hija mia... (*Viendo á César.*) Ah! Es usted, caballero?
Cesar. (*Saludando.*) Señora...
Escolástica. El señor don Meliton os aguardará á Paulina y á tí. Estás dispuesto á acompañarlas, Fernando?
Fernando. Yo, mamá, si... es decir...
Cesar. Pobre amigo mio! Qué desgracia que esté malo, y que tenga que quedarse en casa!
Escolastica. Caballero?...
Cesar. (*Saludando.*) Señora...
Meliton. Don Fernando indispuesto! Pues si tiene un color escelente!
Fernando. Eso es lo que le engaña á usted, señor don Meliton, porque no me encuentro bien.
Cesar. Ahora mismo se lo decia á esta señora.
Ursula. A mí?... Sí, sí... es verdad... me lo decia.

Cesar. Como que se iba á retirar á su cuarto; no es así, Ursulita?

Escolastica. (*Ap.*) Ursulita! Hum! qué familiaridad!

Ursula. Sí, sí, justamente.

Meliton. Pero véngase usted con nosotros!

Fernando. Mi respetable amigo, ruego á usted que me disculpe con su señora hermana; le aseguro que no estoy para nada... y me voy á acostar (*Vase.*)

Escolastica. Ursula, sigue á tu marido y hazle venir... ó sino iré yo mismo á buscarle.

Ursula. Si está enfermo, mamá...

Meliton. Bien, que se quede si quiere; pero ustedes, señoras...

Escolastica. Ursula, dá el brazo al señor don Meliton.

Cesar. Estoy muy seguro de que Ursulita ama demasiado á su esposo, para abandonarle en semejante situacion.

Escolastica. Quién le dá á usted vela en este entierro, señor mio?

Cesar. Nadie, señora, pero yo la tomo.

Ursula. César tiene razon, mamá; mi sitio es junto á mi marido. Discúlpeme usted á mí tambien, señor don Meliton, con su apreciable hermana; pero en el estado de inquietud en que me encuentro, no podria permanecer tranquila ni un instante fuera de mi casa.

Escolastica. Hija mia!

Ursula. Repito que me sería imposible. (*Saluda y se va.*)

Meliton. Oigame usted... (*A César encolerizado.*) Usted, caballero, usted!...

Cesar. Acaso quiere usted que yo le acompañe, señor don Meliton?

Meliton. Yo?...

Cesar. Lo siento infinito, mi respetable amigo; discúlpeme usted con su no menos respetable hermana, y dígala que no puedo aceptar porque voy á un baile esta noche.

Escolástica. Bien, vaya usted, vaya usted y pronto, y que se divierta mucho.

Cesar. Mil gracias... es usted muy amable. Mas me aprovecho del permiso que se me ha otorgado para volver á ver á Fernando, y no me marcharé hasta que sepa cómo se halla nuestro caro enfermo. (*Siéntase.*)

Escolastica. Sea enhorabuena. Señor don Meliton, le

dejo á usted bien acompañado. (*Bajo.*) No se separe usted de aquí hasta que él salga. (*Alto.*) En cuanto á Paulina, usted se la llevará consigo.—Hasta despues.

Cesar. (*Levantándose.*) Hasta despues.

Escolastica. Hablaba con el señor don Meliton. (*Saluda y se va.*)

Cesar. (*Ap.*) Bravo! Ya somos dueños de la plaza!

ESCENA VIII.

CÉSAR. DON MELITON.

Meliton. (*Alzando la voz.*) Voy á hacer avisar á la señorita Paulina.

Cesar. Ahora tenemos que ajustar cuentas los dos.

Meliton. Qué dice usted?...

Cesar. Renuncio á amansar á doña Escolástica, porque me dá miedo; usted es muy diferente, y luego con hombres se entiende uno mejor.

Meliton. No comprendo qué relaciones pueden existir entre usted y yo.

Cesar. Las que existen naturalmente entre personas honradas como nosotros somos, pues yo le creo á usted muy honrado.—Escúcheme pues.—Para asegurar la felicidad de nuestros comunes amigos, he pensado en usted que lo dirige todo aquí.

Meliton. Mis amigos son muy dichosos.

Cesar. Lo que es la costumbre de vivir juntos! Nada se nota, nada se echa de ver! Así no advierte usted que nuestro amigo Fernando no está muy en armonía con su mujer, y en abierta oposicion con su suegra.

Meliton. Esas son nubes pasageras...

Cesar. Que anuncian una tempestad. No ve usted como Ursula teme separarse de su marido?

Meliton. Porque se siente indispuesto.

Cesar. Al contrario, está buenísimo. Y no ha reparado usted tambien que Paulina parece triste, inquieta?

Meliton. Cosa muy natural en una muchacha que va á casarse.

Cesar. Con un hombre á quien no ama.

Meliton. Permítame usted...

Cesar. Ya sé que es con un sobrino de usted, y lo siento mucho. Pero qué remedio? No le ama; y cuando una

jóven no acepta el esposo que se le propone, es que desea otro.

Meliton. Estoy, estoy. (*Mirándole significativamente.*)

Cesar. No está usted ni á cien leguas... Y sin embargo, peor eleccion podria hacer; pero en fin, no soy yo; es un sugeto que pertenece á la sociedad en que Paulina debe ocupar un sitio, y á la que Fernando se halla impaciente por volver.

Meliton. Usted ha venido á introducir aquí la anarquía y la discordia: antes de que llegase se gozaba de una calma edificante: ha bastado el contacto impuro de ese mundo...

Cesar. Diantre! Al oirle á usted, cualquiera creeria que el mundo es un verdadero infierno. Acaso lo sabe usted por esperiencia, señor don Meliton?

Meliton. Yo? No señor; y de ello me vanagloríо.

Cesar. Y hace usted muy mal á fé mia. Quién sabe! Si usted conociese ese pobre mundo al que ataca despiadadamente, veria que no es tan malo como se lo pintan. Yo le aseguro á usted, que existen en él cosas grandes y elevadas, como los vínculos de familia, la amistad, el valor, la gratitud. Además, el talento conduce á todo; hónrase á la virtud, escóndese con cuidado el vicio, y jamás se ha tributado un culto mas ferviente á la beneficencia. Cierto es que todavía existen algunos hipócritas, pero en el mundo, en el nuestro, la religion ya no los tolera, y ha cedido esa máscara á la política.

Meliton. Muy bien! He ahí un cuadro altamente consolador! Magnífico! Todos ustedes son escelentes; todos son santitos, y ya no me admiro de que hoy dia se erijan tantas estátuas.

Cesar. Se burla usted, señor don Meliton?

Meliton. Lo único deplorable, es que ese mundo nos rechace, que se desprecien nuestros consejos; que nuestros escritos sean...

Cesar. Sus consejos, sus escritos de ustedes! Son ustedes ingratos, siempre dispuestos á desgarrar la mano que les proteje!

Meliton. Lo dice usted porque el gobierno nos empieza á hacer justicia ahora?

Cesar. Lo digo por eso y por otras cosas no menos gra-

ves.—Pero dejemos esta conversacion, pues ya iba yo á enfadarme, y sería lástima... porque usted es un buen hombre.

Meliton. Caballero, yo no soy un buen hombre.

Cesar. Vamos, usted me ayudará á seducir á doña Escolástica.

Meliton. Yo nunca he seducido á nadie!

Cesar. No le pregunto á usted sus secretos.

Meliton. Cómo! Mis secretos?

Cesar. Usted la hará consentir poco á poco, en que su hija y su yerno abran esta casa á los placeres de su gusto y de su edad.

Meliton. Yo no me mezclo en los asuntos de los demás!

Cesar. Y si Paulina prefiere Eduardo á su sobrino de usted...

Meliton. Eduardo? Ese fátuo? La señorita Paulina está demasiado bien educada; la hemos inspirado sentimientos bastante rectos, para que escuche semejantes ideas; la pobrecita me está esperando y solo desea seguirme á una casa, donde los gustos sencillos y puros, y la austera virtud...

ESCENA IX.

DICHOS. PAULINA.

Paulina. (*En trage de baile.*) César! César! Qué le parezco á usted? (*Viendo á don Meliton.*) Ah!

Meliton. Señorita!...

Cesar. Está usted preciosa, hija mia. Pero hé aquí al señor don Meliton que viene á buscarla á usted para conducirla al lado de su señora hermana, si es que usted no prefiere quedarse aquí.

Meliton. Permita usted que...

Cesar. No intrigue usted, señor don Meliton; Paulina es dueña de escoger.

Paulina. En ese caso, elijo el baile.

Meliton. Un baile! Y dónde?

Cesar. Aquí, señor don Meliton.

Meliton. Eso es imposible... imposible; y doña Escolástica no permitirá nunca...

ESCENA X.

DICHOS. EDUARDO.

Eduardo. Amigo mio, el salon está preparado; ya se han puesto las banquetas, se han encendido las arañas, y... (*Viendo á don Meliton.*) Ah!

Meliton. Esto es un escándalo!

Cesar. No, un baile y nada mas.

Meliton. En esta casa, bondad divina!

Cesar. Ustedes se niegan á presentarse en sociedad, y es menester que la sociedad venga á buscarlos. Créame usted, ayúdeme á conquistar á la suegra, decídala...

Meliton. Sí, la decidiré... á que venga á echarle á usted á la calle, y á restablecer la paz que usted ha turbado. Además, Úrsula no permitirá... Dónde está? Dónde está?

Paulina. En su tocador... no se puede entrar.

Meliton. (*Fuera de sí.*) Ella tambien! ella! ella! Señor... señores... Esto es indigno! Mas ya nos veremos.— Usted, Paulina, véngase conmigo, tengo órden de llevármela.

Paulina. No, no, yo me quedo aquí.

Meliton. Vendrá usted!

Cesar. (*Colocándose entre los dos.*) Señor don Meliton, esta señorita se pone bajo la proteccion de la marina española.—Vamos, cálmese usted... escúcheme...

Meliton. (*Frenético.*) No... usted es un... Pero doña Escolástica es la que debe... y voy corriendo... (*Volviéndose atrás.*) Entre tanto le declaro á usted, que le hago responsable de todo. (*Va á salir y se vuelve otra vez.*) De todo, entiende usted? de todo! (*Vase.*)

ESCENA XI.

PAULINA. CÉSAR. EDUARDO.

Paulina. Somos perdidos! Si vuelve doña Escolástica...

Eduardo. Dónde me esconderé, Dios mio?

Cesar. Vaya, chiquillos, no tengan ustedes miedo!

Paulina. No conseguirá usted nada, César; Fernando que finje hallarse indispuesto, se ha separado de Úrsula bastante bruscamente, y ahora se está vistiendo para salir.

Cesar. Diablo! Es menester detenerle.

Paulina. En cuanto á mi cuñada, despues de la disputa que han tenido, se ha resuelto á ponerse su trage de baile, aunque creo que le falta valor.

Cesar. Eso es lo que yo temia.—Paulina, vaya usted á ver á su hermana... mi única esperanza es ella.

Eduardo. Yo no me aparto de usted!

Cesar. Al contrario, es preciso que se quede usted aquí para detener á Fernando, mientras yo voy á echar una ojeada á los preparativos de nuestra funcion. Vamos, vamos, ánimo, caramba! ánimo! Estén ustedes alegres, y preparémonos para recibir intrépidamente al enemigo cuando aparezca. (*Vase con Paulina por el fondo.*)

ESCENA XII.

FERNANDO. EDUARDO.

Eduardo. Por mas que haga, si se presenta doña Escolástica con don Meliton, todos echaremos á correr.—Fernando no se atreverá nunca á ser amo de su casa, y sacrificará á Paulina con tal de tener paz, y... El es!

Fernando. Mi suegra se ha marchado, he visto salir á don Meliton, y ahora puedo escaparme. Ah! Eduardo! Desgraciado, qué hace usted aquí?

Eduardo. Lo que usted vé. Vengo... vengo...

Fernando. A buscarme? Pues bien, vámonos.

Eduardo. (*Deteniéndole.*) No... es que queria hablarle á usted... de...

Fernando. De mi hermana, comprendo; bien, bien, hablaremos por el camino.

Eduardo. No, no, yo quiero esplicarme aquí... delante de esas señoras.

Fernando. Entonces, que usted se divierta, querido; yo voy corriendo á donde me aguarda la felicidad. Tengo que obtener mi perdon, y...

Eduardo. Quédese usted!

Fernando. Gracias; para que luego me gruñan y me fastidien... no, no! (*Al ir á marcharse vé á Ursula que acaba de aparecer en el fondo en trage de baile.*) Cielos! Qué veo?

Eduardo. A su esposa de usted, que sin duda tendrá mas poder que yo. (*Ap.*) Pobrecilla! Qué bonita está

con su nuevo trage y su airecito de mogigata!—Voy á ver si encuentro á don César. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

ÚRSULA. FERNANDO.

Fernando. (*Ap.*) Mi mujer! Qué quiere decir esto?
Ursula. (*Ap.*) Con tal de que no se burle de mí!...
Fernando. Querida... no comprendo... Ese lujo... Nunca te he visto tan linda.
Ursula. De veras? Pues... pues... me alegro mucho.
Fernando. Y adónde vas con ese tren? Porque no creo que para ir á casa de la hermana de don Meliton...
Ursula. No; es para quedarme contigo, Fernando.
Fernando. Conmigo? Perdóname, tengo un compromiso... me esperan... (*Ap.*) Es que seguramente está lindísima! Qué talle tan elegante! Qué!... (*Durante estas palabras, Ursula se ha acercado á su marido, y le ha cogido del brazo.*)
Ursula. Fernando?
Fernando. Ursula?
Ursula. Voy á reñirte... (*El quiere desasirse.*) No, no tengas miedo, voy á reñirte como amiga.—Tú no has sido bastante franco conmigo; podia yo adivinar que no eras feliz? que te mataba el fastidio? Tú mismo me lo has dicho!
Fernando. En efecto, hay instantes... (*Ap.*) Adónde irá á parar?
Ursula. Tuya es la culpa: yo no soy mas que una pobre mujer acostumbrada á escuchar á mi madre, á obedecerla en todo; el mundo para mí era esta casa; mis placeres mis deberes. Yo ignoraba que existiesen en otra parte otros placeres, otro mundo que podian arrebatarme el corazon del esposo que yo amaba... con toda mi alma!
Fernando. (*Conmovido aparte.*) Esa emocion...
Ursula. Debias habérmelo dicho; debias haberme enseñado lo que no sabia; acaso me hubiese alarmado al pronto; pero poco á poco me habria hecho á esas ideas: yo hubiera conciliado mis deberes de hija y de esposa; yo hubiera frecuentado la sociedad por complacerte; y hubiera en fin llegado á ser tan bella como las

demás; porque nada parece mucho para conservar el amor del que se ama!

Fernando. Ursula, nunca te habia oido hablar así! De otro modo, me habria arrojado á tus pies, te hubiera abierto mis brazos! Pero mira, temblando siempre delante de tu madre, cuya voluntad era tu norte... recelaba alarmarte, darte un disgusto...

Ursula. Y por eso me engañabas, y me hacias tan infeliz! Pero no se trate mas de esto; en adelante no te separarás de mí; yo te rodearé de todas las personas que amas, de los placeres que prefieres, y de que yo quiero participar contigo. Al principio pareceré algo palurda.. como ahora; pero tú me formarás, tú me dirigirás... Yo bailaré para agradarte... la polka si es menester...

Fernando. Tú, Ursula mia?

Ursula. Sí, sí, bailaré y desde esta noche.

Fernando. Esta noche? Dios mio! Es un sueño?

Ursula. No, estás muy despierto, y yo tambien.—Ahora mismo, esos amigos, á quienes mi madre habia alejado, y á los que tú no has sabido detener, van á venir convocados por mí; sí, todos querrán celebrar con nosotros nuestro primer dia de confianza y de ventura. Pero tú te quedarás... á mi lado; y no irás á entregar á otra un corazon que es mio, un amor que yo deseo poseer entero, y que es mi orgullo, mi felicidad!

Fernando. Oh! Eres un ángel! Yo separarme, huir de tí? Nunca, nunca, no!

ESCENA XIV.

DICHOS. CÉSAR. PAULINA.

Fernando. Amigos mios, César, Paulina, mirad qué encantadora está mi Ursula, mi mujer!

Paulina. Y yo, hermano?

Fernando. Y si supiéseis qué talento, qué virtud! Un baile! Va á darme un baile!

Cesar. Sin duda; ya preguntan por tí los amigos, y la orquesta no tardara en venir.

Ursula. Bailaremos juntos el primer rigodon?

Fernando. Y el segundo, y el tercero, y todos. Ah! Yo te enseñaré la polka.—Pierdo la cabeza de alegría! Venid, venid...

Cesar. Nos hemos salvado!

ESCENA XV.

DICHOS. EDUARDO. *Despues* DOÑA ESCOLÁSTICA. DON MELITON.

Eduardo. (*Corriendo.*) Doña Escolástica!
Fernando. Somos perdidos!
Ursula. Mi madre!
Paulina. Dónde me esconderé?
Cesar. Cáspita! Nada de miedo! Qué diantre! No están ustedes en su casa? No son dueños de hacer lo que les acomode?
Fernando. Eso es; ahora somos dos contra ella... y ya no temo nada.—Sobre todo, no me dejeis solo! (*Doña Escolástica aparece en el fondo: don Meliton la sigue, y toma parte vivamente en toda la escena sin decir una palabra.*)
Escolastica. Qué es esto? Qué pasa aquí? Esa orquesta, esa gente... Quién ha autorizado semejante desórden?
Paulina. (*Ap.*) Llama desórden á un baile!
Cesar. Permita usted, señora...
Escolastica. No hablo con usted sino con mi hija. Cielos! Qué veo! Ese trage! Y Paulina tambien! Hija mia, hija mia, esplícame...
Ursula. El qué, mamá? No vé usted que voy á dar un baile?
Eduardo. Y que Fernando?...
Escolastica. No hablo con usted, caballerito. —Y tú, yerno, no me dirás lo que esto significa?
Fernando. (*Titubeando.*) Significa, mamá, que...
Cesar. (*Aparte á Fernando.*) Así va bien. Firme, firme!
Fernando. (*Con aplomo.*) Significa que despues de los deberes llegan los placeres; y que ya es tiempo de que mi pobre Ursula conozca un poco estos últimos.
Escolastica. Ursula!
Ursula. Es una fiesta que doy á mi marido!
Fernando. Es un baile que doy á mi mujer!
Cesar. Ni mas, ni menos!
Escolastica. Una fiesta, un baile! Y habeis creido que yo os daria mi permiso?
Fernando. No lo hemos creido, señora, y por eso no lo hemos solicitado. Además, basta que sea gusto de mi mujer...

Ursula. Una vez que lo desea mi esposo.
Cesar. Eso es!
Escolastica. Yo no puedo autorizar un escándalo semejante.
Fernando. Nadie la obliga á usted á que asista, mamá.
Ursula. Puede usted retirarse á su cuarto...
Escolastica. No faltaria mas; pero ya comprendo... es una conjuracion... sí, sí. Se ha exigido eso de mi yerno, porque él no tiene voluntad propia!
Cesar. Oh!!! (*Fernando levanta altivamente la cabeza.*)
Escolastica. Jamás le hubiera ocurrido una idea como esa, sin la venida de algunas personas que van á salir ahora mismo de esta casa, ó yo no permaneceré mas en ella.
Fernando. Como usted guste, mamá; por separarse no se deja uno de querer... y...
Ursula. Fernando!
Escolastica. Yerno, olvida usted que aquí está usted...
Fernando. En mi casa, lo que no impide que lo sea tambien suya. Yo respeto sus gustos de usted, como deseo que se respeten los mios.—Usted es libre, y yo quiero serlo del mismo modo...
Escolastica. Pero...
Fernando. (*Interrumpiéndola.*) *Porque tengo voluntad propia*, y quiero recibir á mis amigos, y los recibiré todas las semanas... y los obsequiaré... se lo prevengo á usted.
Escolastica. Pero...
Fernando. Y ya me voy cansando de hallar en derredor mio esas caras graves, austeras y severas, que alejaban á todo el mundo de mi lado.
Escolastica. Pero...
Fernando. Como que solo me place ver gente alegre y de buen humor.—Esto es lo que me agrada, esto es lo que quiero, esto es lo que haré, porque *tengo voluntad propia*, y porque soy amo de mi casa. Pero yo no obligo á nadie á seguir mi ejemplo, y dejo á cada cual sus hábitos, sus placeres y su libertad.
Escolastica. Yerno!
Paulina. Perfectamente!
Escolastica. (*A don Meliton, fuera de sí.*) Respetable amigo, sosténgame usted! (*A Fernando.*) Usted me lo

ha dicho, y yo debo... Mas no... usted se pierde, y yo le abandono.—Ven, hija mia, vámonos.

Ursula. (*Pasando junto á Fernando.*) Oh! No señora! Fernando quiere mi felicidad... y no se perderá, porque estaré yo aquí para salvarle.

Escolastica. Ursula!

Ursula. Usted me previno que le obedeciese en todo, porque es mi esposo, madre mia!

Escolastica. Desventurada!—Pero Paulina al menos, que no tiene marido... felizmente...

Fernando. Sí tal, es decir, lo tendrá, *porque es mi voluntad* que se case, y porque se casará con Eduardo... (*Les toma las manos, se las une, y vuelve á colocarse orgullosamente entre su mujer y su suegra.*)

Paulina. Eduardo!

Eduardo. Qué dicha!

Cesar. Bravísimo!

Escolastica. Paulina, te atreverias?...

Paulina. A casarme? Yo lo creo! Además debo obedecerle. Es mi tutor, mi hermano, señora!

Escolastica. Esto es una rebelion...

Cesar. No, es una revolucion completa. (*Colocándose entre doña Escolástica y don Meliton.*) Qué le parece á usted, señor don Meliton? (*Este le mira en silencio, y despues le vuelve la espalda; suena dentro la orquesta.*) Oyen ustedes? El primer rigodon!

Eduardo. Vamos, señorita.

Fernando. Ursula!

Escolastica. Ursula! Si hoy bailas con tu marido, mañana...

Ursula. Mañana pediré para los pobres, madre mia!

Fernando. Porque los placeres lícitos del mundo, en nada se oponen á las prácticas de las virtudes, ni al culto de nuestra religion. (*Fernando se lleva á Ursula, y Eduardo á Paulina: doña Escolástica y don Meliton se dirigen miradas de cólera, mientras César hace un gesto de alegría.*)

FIN DE LA COMEDIA.

del rey.—Gabriel.—Gabriela de Belle Isle.—Galan duende.—Ganar perdiendo.—Gar-
a Vega.—Gaspar el ganadero.—Gastrónomo sin dinero.—Gata mujer.—Genoveva.—
.—Gran capitan.—Grumete.—Guante de Coradino.—Guantes amarillos.—Guillelmo
Guillermo Tell.—Guzman el Bueno.—Gracias de Gedeon.—Garras del diablo, *zar-*
ueros ultramarinos.
el fin nadie es dichoso.—Hacerse amar con peluca.—Hermana del sargento.—Herna-
nor castellano —Héroe por fuerza.—Heroismo y virtud.—Higuamota.—Hija del ava-
del regente.—Hija, esposa y madre.—Hijo de la tempestad.—Hijo de la viuda.—Hijo
n.—Hijo predilecto.—Hijos de Eduardo.—Hijos de Satanás.—Hombre de bien —Hom-
—Hombre de mundo.—Hombre mas feo de Francia.—Hombre misterioso.—Hombre
-Hombre feliz.—Honor español (comedia).—Honor español (alegoría).—Honoria.—Hon-
cho.—Hostería de Segura.—Haz bien sin mirar á quién.—Hombre propone.—Hija
Gil.
isaciones.—Incertidumbre y amor.—Independencia.—Independientes.—Infanta Ga-
riga y amor.—Intrigar para morir.—Ir por lana.—Isabel de Babiera.—Yerros de la
—Ya murió Napoleon.
II.—Jadraque y París.—Juana de Castilla.—Juana y Juanita.—Juan Dandolo.—Juan
—Juan de Padilla.—Judía de Toledo.—Juglar.—Juicios de Dios.—Jusepo el Vero-
en Santa Gadea.—Justicia aragonesa.—Juan el tullido.—Juego de la gallina ciega.
de Carnaval.—Lázaro ó el pastor.—Lealtad de una mujer.—Libelo.—Loca de Lón-
a fingida.—Lobo marino.—Lo vivo y lo pintado.—Lucrecia Borgia.—Lucio Junio
uisa.—Luis onceno.—Llueven bofetones.—La pasion y muerte de Jesus.—Los dos
Lanuza.—Luis y Luisito.
lan.—Macías.—Madre de Pelayo.—Magdalena.—Makbet.—Mansion del crímen.—
á cuál de los tres.—Marcelino el tapicero.—Margarita de Borgoña.—María Remond.—
la bailarina.—Marido de mi mujer.—Marido y el amante.—Marino Faliero.—Massa-
as vale llegar á tiempo —Máscara reconciliadora.—Matamuertos y el cruel.—Mateo, ó
Espagnoleto.—Matilde.—Me voy á casar.—Me voy de Madrid.—Médico y huérfana.—
straordinarias.—Mejor razon la espada.—Memorias del diablo.—Memorias de un co-
emorias de un padre —Mentir con noble intencion.—Mercader flamenco.—Mi Dios
mpleo y mi mujer.—Miguel y Cristina.—Mi honra por su vida.—Mi Secretario y yo.—
de Madrid.—Mi tio el jorobado.—Molinera.—Molino de Guadalajara.—Morisca de
-Mocedades de Hernan-Cortés.—Muérete y verás.—Mujer de un artista.—Mujer gaz-
ujer literata.—Mulato.—Mauregato, ó el feudo de cien doncellas.—Maestro de es-
Maestro de baile.—Mancho, piso y quemo.—Mesa giratoria.—Martirios del cora-
s vale tarde que nunca.—Matrimonio civil.
o ni el sobrino.—Noche toledana.—No ganamos para sustos —No hay mal que por
enga.—No hay humo sin fuego.—No mas mostrador.—No mas muchachos.—No siem-
or es ciego.—Novia de palo.—Novio y el concierto —No hay vida mas que en Pa-
e de verano.—Nuevo sistema conyugal.—Novio de China.—Noche de Villalar.
cual noble aun con celos.—Ocasion por los cabellos.—Odio y amor.—Oliva y el lau-
casa con dos puertas.—Otro diablo predicador.—Ocasion.
el marino.—Pablo y Paúlina.—Paciencia y barajar.—Pacto del hambre.—Padre é hi-
es de la novia.—Padrino á mogicones.—Page.—Palo de ciego.—Pandilla.—Parador de
Paria.—Parte del diablo.—Partidos.—Para un traidor un leal.—Partir á tiempo.—Pas-
rranza.—Pata de Cabra.—Pedro Fernandez.—Pelo de la dehesa, 1.ª parte.—Pelo de
, 2.ª parte.—Peluquero de antaño.—Pena del Talion.—Perder y cobrar el cetro.—
Barcelona —Periquito entre ellos.—Perros del monte de S. Bernardo.—Pesquisas de
—Pilluelo de París.—Plan de un drama.—Plan, plan.—Pluma prodigiosa.—Pobre pre-
.—Poeta y beneficiada.—Polvos de la madre Celestina.—Ponchada.—Por él y por
no esplicarse.—Por no decir la verdad.—Pozo de los enamorados.—Premio del ven-
Prensa libre.—Primera leccion de amor.—Primero yo.—Primeros amores.—Primi-
cipe de Viana.—Probar fortuna.—Pro y contra.—Proscripto.—Protestante.—Pruebas
conyugal.—Puntapié y un retrato.—Puñal del godo.—Por derecho de conquista.—
ada.—Principio de un reinado.—Programa de Manzanares.
ombre tan amable.—Quien mas pone pierde mas.—Quiero ser cómica.—Quiero ser
—Quince años despues.—Quien á cuchillo mata.
ete y la carta.—Redaccion de un periódico.—Redoma encantada.—República con-
Rey monge.—Rey loco.—Rey se divierte.—Rey y el aventurero.—Reina por fuerza.—
.—Ribera ó la fortuna, etc.—Ricardo Darlington.—Rico por fuerza.—Rigor de las
s.—Roberto D'Artevelde.—Roberto Dillon.—Rodrigo.—Rosmunda.—Rueda de la for-
parte.—Rueda de la fortuna, 2.ª parte.—Robert Macaire.—Rey de los azotes.—Retra-
ginales.
-Samuel.—Sancho García.—Santiago el corsario.—Secretario privado.—Segundo año.—
dama duende.—Ser buen hijo y ser buen padre.—Siglo XVIII y siglo XIX.—Simon Bo-
—Simpatías.—Sin nombre.—Sitio de Bilbao.—Sociedad de los trece.—Sofronia.—Sola-
prisionero.—Solitarios, *zarzuela*.—Soltera, viuda y casada.—Solterona.—Soprano.—

Sotillo.—Soto.—Soto mayor.—Stradella.—Shakespeare enamorado.—Si te pica, rásca vese el que pueda.—Soy yo, *zarzuela*.—Santiaguillo, *zarzuela*.—Sueños de amor.

Tanto vales cuanto tienes.—Tasso.—Teodoro.—Testamento.—Tienda del rey don Sa Tigre de Bengala.—Tio Marcelo.—Tio Tararira.—Todo es farsa en este mundo.—Toma y Too jué groma.—Toros y cañas.—Tran Tran.—Tras él á Flandes.—Travesuras de Juana. za de sus cabellos.—Tres enemigos del alma.—Trovador.—Tu amor ó la muerte.—Tui vada.—Tutora.—Tomás el montañés.

Valeria.—¡¡Vaya un par!!—Vellido Dolfos.—Veneciana.—Venganza de un caballero ganza de un pechero.—Ventorrillo de Alfarache.—Ventas de Cárdenas.—Vengar con a celos.—Vicente Paul, ó los espósitos.—Vaso de agua.—Verdad por la mentira.—Verda apariencias.—Vieja del candilejo.—Vigilante.—Viriato.—Virtud en la deshonra.—Visic Vuelta de Estanislao.—Valentin el guarda costas.—Ver para creer.—Víctima de la calt

Un alma de artista.—Un año y un dia.—Un artista.—Un desafío.—Un dia de campo. de 1823.—Un francés en Cartagena.—Un liberal.—Un ministro.—Un monarca y su pr Un novio para la niña —Un novio á pedir de boca.—Un par de alhajas.—Un paseo á B Un poeta y una mujer.—Una onza á terno seco.—Un rebato en Granada.—Un secreto do.—Un secreto de familia.—Un tercero en discordia.—Un tio en Indias.—Una aventura los II.—Una ausencia.—Una boda improvisada.—Una cadena.—Una vieja.—Una de tanta y no mas.—Una mujer generosa.—Una noche en Burgos.—Una retirada á tiempo.—U no conspira.—Un verdadero hombre de bien.—Un cambio de mano.—Un Jesuita.—Un como hay muchos.—Un trueno.—Un baile de candil.—Última calaverada.—Una perla e go.—Una noche y una aurora.—Union liberal.—Un pie y un zapato.—Un error frenológi no se qué.—Un drama de familia.—Un noble de nuevo cuño.—Un tenor, un gallego y sante.—Zaida.—Zapatero y rey, 1.ª parte.—Zapatero y rey, 2.ª parte.

OBRAS.

Fígaro: cuatro tomos en 8.° marquilla con el retrato y biografía; 100 rs.
Alvarez: Derecho real, 2 tomos, 40.
Rossi: Derecho penal, 2 tomos, 36.
Astronomía de Arago: un tomo, 14.
Poesías de **D. José Zorrilla:** se venden coleccionadas y por tomos.
—— de **D. José de Espronceda**, con su retrato y biografía: un tomo,
—— de **D. Tomás Rodriguez Rubí:** un tomo, 10.
La Azucena silvestre por **D. José Zorrilla:** un tomo, 10.
Ensayos poéticos de D. Juan Eugenio Hartzenbusch: un tomo, 20.
La Isla de Cuba considerada económicamente, por el Sr. D. Ramon Pasaron tra, Intendente que fué de la misma: un tomo en 4.°, 12.
El dogma de los hombres libres: un tomo, 8.
Respuesta al dogma de los hombres libres: un tomo, 6.
Composiciones del Estudiante, en verso y prosa: un tomo, 12.
Tauromaquia de Montes: un tomo, 14.
Memorias del príncipe de la Paz: seis tomos, 70.
Arte de declamacion, por Latorre, un folleto, 4.

ESTA GALERIA

Consta de mas de 700 producciones, de las que se han formado:
12 tomos del **teatro antiguo español de Tirso de Molina.**
80 idem del **moderno español.**
40 idem de idem **estrangero.**

PUNTOS DE VENTA.

En Madrid en la librería de la Viuda é Hijos de D. José Cuesta, c Carretas.

Y en Provincias en las principales.